

la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



Don Manuel Azaña



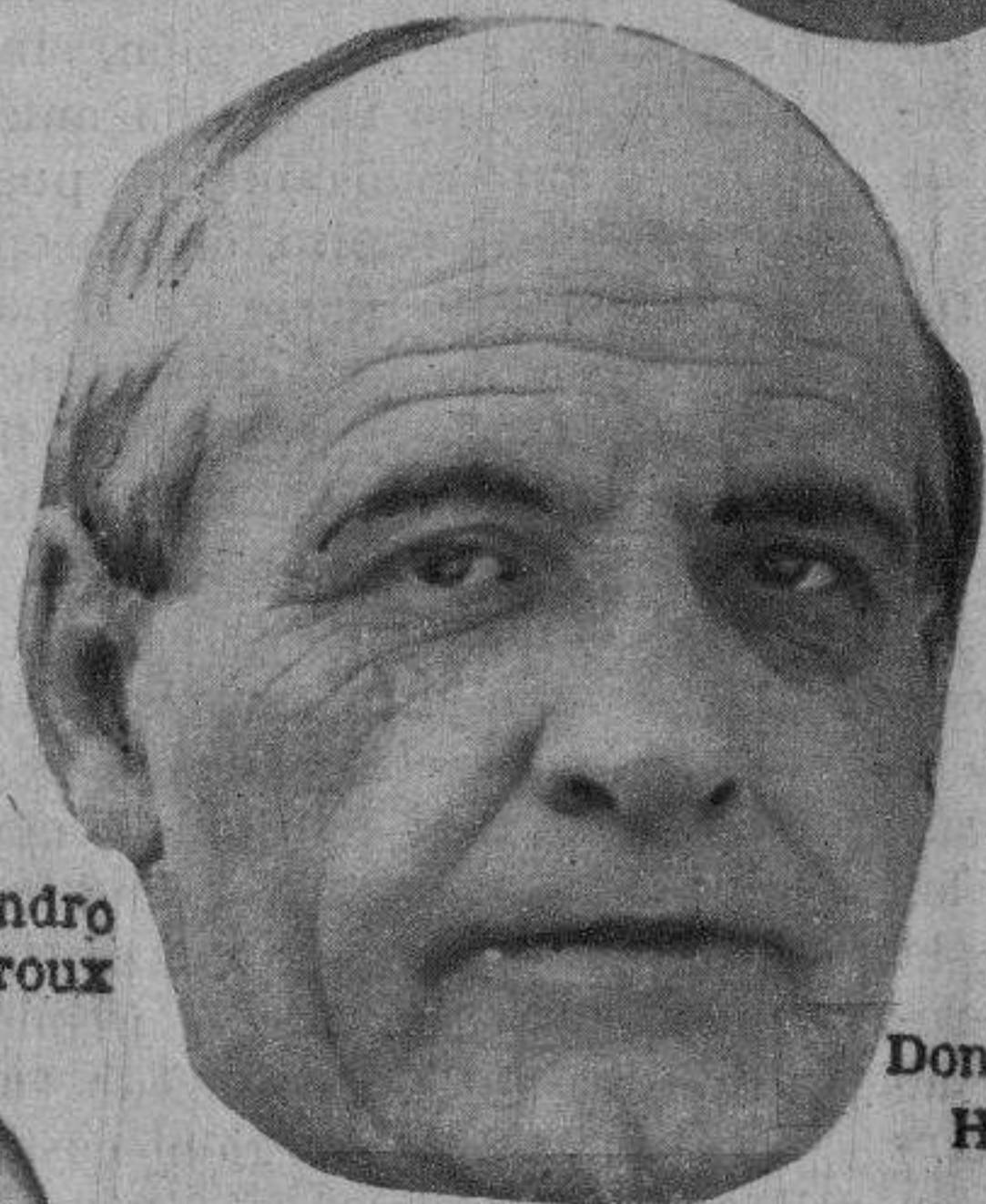
Don Felipe
Sánchez Román



Don Miguel Maura



Don Alejandro
Lerroux



Don Amadeo
Hurtado



Don José Ortega y Gasset

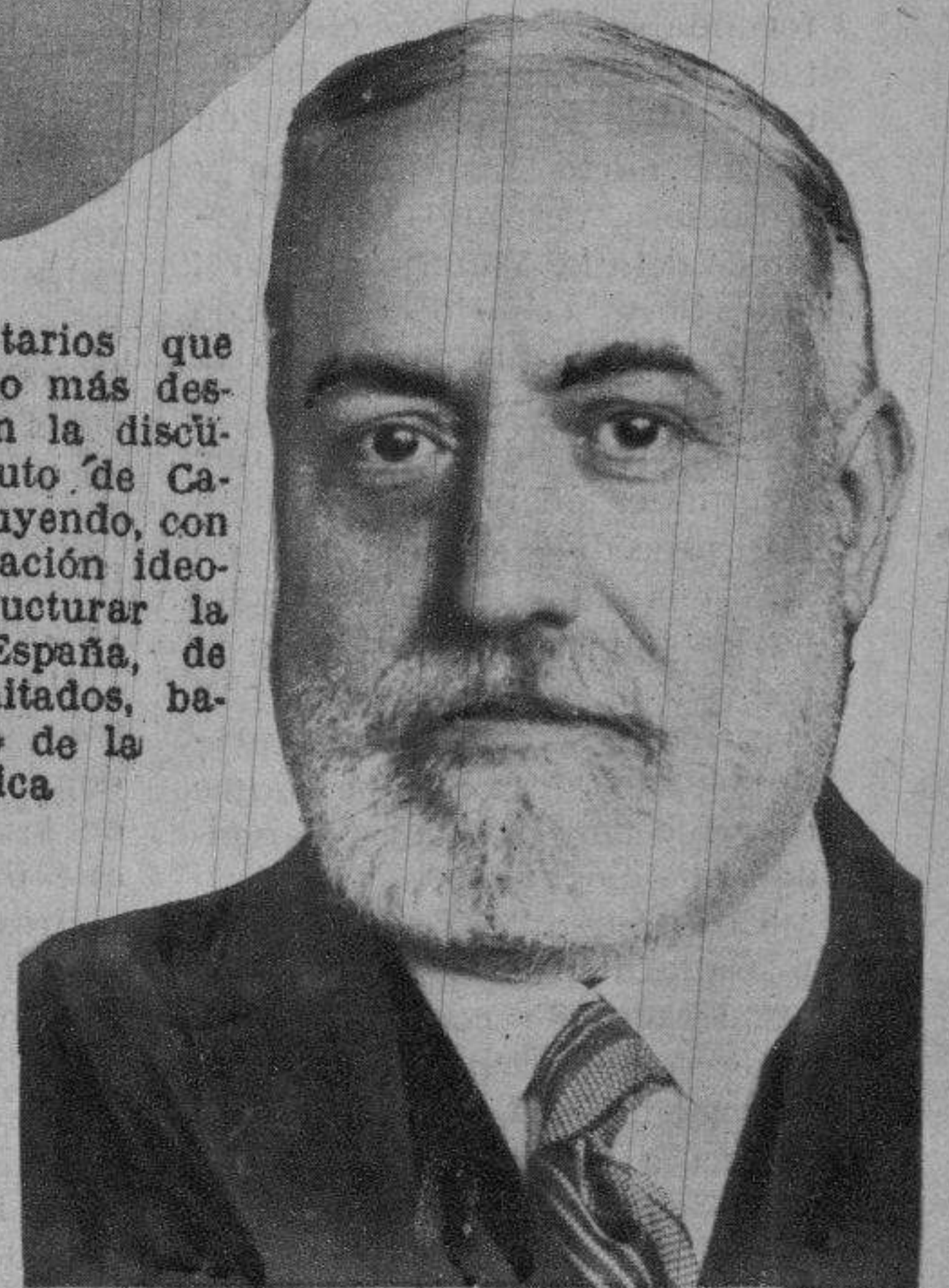


Don Angel Ossorio y Gallardo



Don Luis Nicolau D'Olier

Los parlamentarios que han intervenido más destacadamente en la discusión del Estatuto de Cataluña, contribuyendo, con la eficaz aportación ideológica, a estructurar la nueva Gran España, de horizontes ilimitados, bajo el signo de la República.



Don Antonio Royo Vilanova

la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
 Plaza de Cataluña, 9. Tel. 14.160
 •••••
 Talleres: Pasaje de la Merced, 8
 Teléfono 31.518
 •••••
 Suscripción. Provincias, 2'50 trimestre

LA SEMANA POLITICA

EL DISCURSO DEL JEFE DEL GOBIERNO HA MARCADO EL CAMINO DE LA APROBACION DEL ESTATUTO DE CATALUÑA

HA sido, esta última, indiscutiblemente, la semana grande del Parlamento español. El proyecto de ley de reforma agraria, que se discutió en dos o tres sesiones, quedó en segundo término, para dejar paso en el plano de la política general al discurso de don Angel Ossorio y Gallardo, en primer lugar, y al del Jefe del Gobierno señor Azaña, luego, en la discusión de la totalidad del dictamen del Estatuto de Cataluña.

Fué el señor Lerroux, la semana anterior, quien, con su formidable discurso, elevó el tono de la discusión de que se trata, que se desarrollaba en forma harto insignificante y minuciosa, descendiendo al pequeño detalle. Y han sido ahora, los señores Ossorio y Gallardo y Azaña, los que, siguiendo la trayectoria trazada por el jefe del partido radical — sin que ello quiera decir que no hubieran procedido de igual modo aun cuando el señor Lerroux no les hubiese precedido en el uso de la palabra—, se han manifestado en las Cortes, pronunciando dos oraciones que han sido muy elogiadas, merecidamente elogiadas.

El discurso del señor Ossorio y Gallardo, resultó oportuno, ponderado, de penetración y de conciliación. Un discurso reconociendo el derecho de Cataluña a tener su Estatuto. Y el discurso del señor Azaña, constituyó el discurso de un estadista de cuerpo entero. Un discurso muy extenso, que se escuchó con la mayor atención y sin dar muestras de cansan-

cio la Cámara, y se lee sin que llegue a fatigar, como sucede con la mayoría de los discursos. Por el contrario, interesa por momentos su lectura, porque es un parlamento que abarca todos los puntos y extremos del problema, con evidente acierto. He aquí unos párrafos que dicen más y más elocuentemente, que cuanto pudiéramos expresar nosotros con nuestro comentario:

«El defensor de las libertades catalanas pudo decir con razón que era el último defensor de las libertades españolas. Cada vez que se habla de los particularismos locales y de la extensión de las libertades regionales, que naturalmente no voy a identificar con las libertades constitucionales, de un Estado moderno, cada vez que se habla de esto pensamos, señores diputados, que aquellos hombres tenían la persuasión de defender las libertades del pueblo español.

Ha sido muy reciente, lo es todavía, en las polémicas suscitadas en España con motivo de los problemas regionalistas, que de allá o de acá partan expresiones, haciendo creer o bien que la región central española ha agredido, ha confiscado las libertades a las otras regiones españolas, o bien que las agresiones, las codicias, los apetitos, los intereses egoístas parten de allá, de las regiones, contra el interés preeminente del Estado español. Y este es un prejuicio que hay que disolver. No puede admitirse por

parte de los teorizantes autonomistas el concepto de que es Castilla, metiendo en esta expresión, no sólo los confines geográficos de una región, sino todo lo que no es región autónoma o autonomizante, no puede admitirse, repito, el concepto de que esta parte de España ha confiscado las libertades de nadie, ni ha agredido las libertades de nadie. Quien ha confiscado y humillado y transgredido los derechos o las franquicias a las libertades de más o menos valor de cada región ha sido la monarquía, la antigua corona, en provecho propio, no en provecho de Castilla, que la primera confiscada y esclavizada fué precisamente la región castellana.

.....

Ahora, respecto a los demás problemas de que estamos tratando, me permitiré dar a los señores diputados una modesta opinión que no tiene las pretensiones de un consejo. No: más que nada es una explicación del problema en el nivel psicológico particular para juzgar el tema político de la autonomía. Y es este: no puede entender la autonomía, no se juzgará jamás con acierto el problema orgánico de la autonomía si no nos libramos de una preocupación: la preocupación de que las regiones autónomas, no Cataluña, las regiones autónomas, repito, después que tengan la autonomía no son extranjero, sino España, tan España como lo son hoy, quizás más, porque estarán más

contentas. No son extranjero, repito y afirmo, y por consiguiente no hemos de tomar respecto de las regiones autónomas, las preocupaciones, las preocupaciones que se toman con un país extranjero con el cual acabáramos de ajustar la paz, para la defensa de los intereses de los españoles. No es eso, y además hay que tener en cuenta que votada la autonomía, ésta y las de más allá, gobiernos autónomos, los organismos de Gobierno de las regiones autónomas, en el caso de Cataluña, la Generalidad, son una parte del Estado español; no son organismos rivales, ni agresivos ni defensivos, sino una parte integrante de la organización del Estado de la República española. Y mientras esto no se comprenda así, señores diputados, no se entenderá lo que es la autonomía.

.....

Yo voto el régimen autónomo de España, primero para fomentar, desarrollar y poner en vías de prosperidad los recursos morales y materiales de la región; y segundo, por consecuencia de lo anterior para fomentar y poner en vías de auge y prosperidad a toda España.»

El discurso del señor Azaña magnífico, afortunado, digno de la mentalidad y las dotes de gobernante de quien lo pronunció, ha marcado la posición del Gobierno y ha dejado marcado el camino que ha de recorrer, hasta la aprobación, el Estatuto de Cataluña.

QUÉ tesoro tan preciado de ideales, de energías, de entusiasmo, de romanticismo y de heroísmo hay en la España del siglo XIX, desdeñada por los que no la comprenden, combatida por los que no la conocen!

Difícilmente aquellos que no se familiarizaron con la historia de nuestra patria, que no se saturaron del sano perfume de una raza inquieta e intrépida que ante la tiranía vitoreaba a la Democracia y ante el despotismo desgranaba sobre el simbólico pedestal de la Libertad las más cálidas y fervorosas estrofas, podrán sentirse orgullosos de ser los descendientes de tantos héroes anónimos y tantos preclaros ingenios, abnegados, atormentados y febriles que, considerando la revolución cosa redentora y próspera y fecunda, y sintiendo hondo y cabalgando alto, hacían florecer las infantiles utopías y las excelsas idealidades...

¡Oh, la España de las intenciones, de las conspiraciones, de los pronunciamientos, de las asonadas, de las barricadas, de los destierros, de los encarcelamientos y de los fusilamientos; la España de la sátira implacable, del pasquin difamatorio y de la hoja clandestina, insolente, violenta; la España del Club y de la logia, en que unos hombres enfebrecidos, como enloquecidos, se lanzaban con temeridad, camino adelante, convencidos de que así forzaban el porvenir y de que no iban a resultar estériles sus sacrificios!...

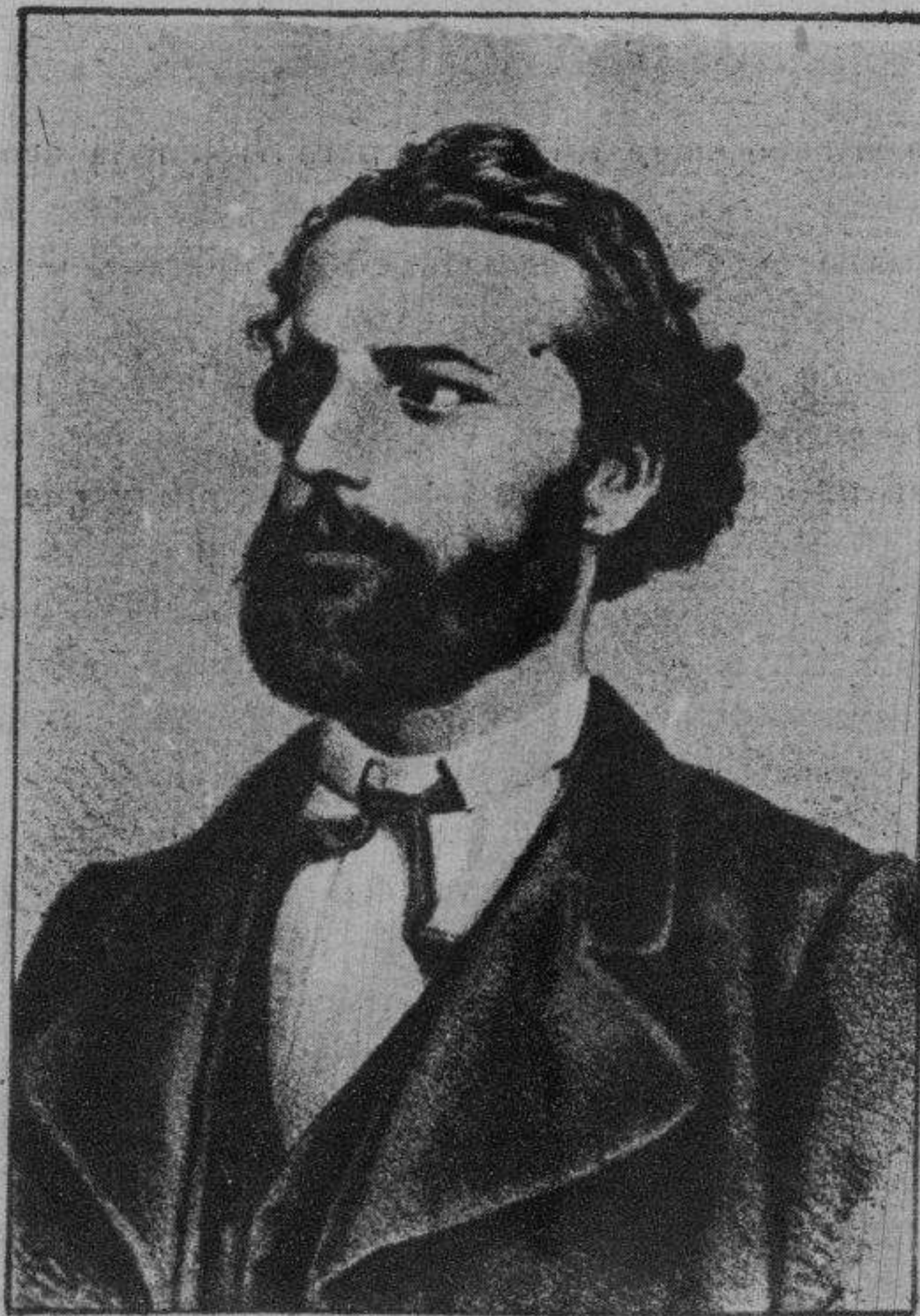
*
* *

De un hombre de aquella España—menos constructiva, si, pero más romántica que la de hoy; menos sensata, pero con más abnegación que la actual—, quiero dejar en estas líneas hecho el elogio que otras plumas elvidáronse de hacer.

Este hombre que enardeció a las masas, en la plaza pública, con sus predicaciones, que conmovió y estremeció a la plebe son sus artículos, que hizo rugir de ira a los hambrientos de pan y de justicia con sus versos, es Carlos Rubio, el «Desmoulins español», el insumiso, el rebelde, el agitador, el demoledor, capaz de ofrendar su cabeza a los esbirros, por dejar al despotismo sin aliento.

Bondadoso, pero valiente y audaz. Desprendido, pero intransigente con los que negábase a transigir con la Democracia y se motaban de la ley y hacían de la justicia escarnio, Carlos Rubio era la genuina representación de una época en que el talento y el

FIGURAS DEL PASADO EL "DESMOULINS ESPAÑOL"



CARLOS RUBIO

sentimiento del deber se mantenían puros y limpios bajo unos harapientos andrajos; la encarnación de un periodo agitado en que no todas las conciencias traicionaban ni claudicaban y en que se conservaba vertical el concepto de la dignidad, aun cuando el hambre le dejara a uno yerto, como a Elisardo Ulloa, en mitad del arroyo.

*
* *

Carlos Rubio, nacido en Córdoba en 1831, ingresó muy joven en el periodismo. Y en el periodismo destacó, apenas llegado, su personalidad. Y muchos figurones que gozaron de gran prestigio, en aquellos días turbulentos, a Rubio debieronle renombre y fama. Que el redactor de «La Iberia» («La Iberia de Calvo Asensio, de Sagasta, de Lusionó, de Llano y Persi...»), abierto a todos los afectos, se preocupaba más que de sí mismo, aun sufriendo priva-

ciones, de sus amigos, a los que quería ver dichosos, y de cuantos carecían de lo que a él le faltaba, no obstante considerarse un nabab, un rey asirio, envuelto en su rizada, remendada y mugrienta capa y el grasiento sombrero de copa cubriéndole la testa constantemente en llama... prendas que lucía como trofeo de su honradez acrisolada.

¿Qué valor podía tener la plata acuñada, para quien era más que jornalero de la pluma, archimillonario de ideas y opulentísimo de optimismo y de entusiasmo?

Tuerto, picado de viruelas, poco cuidadoso de su persona y de pobre indumento, desconcertaba un poco a quien le veía por primera vez. Pero oyéndole y leyéndole, subyugaba. Y conociendo su historia sin sombra, sin mácula, llegaba a venerársele. Tal era de rectilíneo, de austero, el escritor, el poeta, el político revolucionario, que jamás ofreció blanco a los venablos de la maledicencia, ni a los

dardos de sus más implacables enemigos.

Su vida fué un perenne torbellino, un torbellino constante.

Por conspirar, se le deportó a Portugal. Por conspirar, tuvo que trasladarse desde Portugal a Inglaterra. Siempre conspirando, pasó, en 1886, a Francia. Y al estallar en Madrid la sublevación del 22 de junio de aquel año, Carlos Rubio, que pertenecía a la Junta Revolucionaria, ocupó en la barricada de la Plaza de Santo Domingo, un puesto de peligro, sin que le turbaran las descargas enemigas ni vacilase su ánimo ante la posibilidad del fracaso.

Ahogado en sangre el movimiento revolucionario, Rubio refugióse en la Legación de los Estados Unidos, iniciando poco después, previamente disfrazado, el éxodo a través de ventas y mesones y por cualquier camino que a París condujera.

Y fué en París donde pasó días de verdadera prueba, luchando fieramente contra el frío y el hambre, y, también, contra el poder absolutista que no vaciló en fusilar a sesenta españoles disconformes con la «angélica» Isabel.

Triunfante la revolución del 69, regresó el proscrito a la patria, no para obtener mercedes que la amistad le otorgara, sino para sepultar su altivez en el hogar a costa de tantos sacrificios creado, en aquella casa de la calle de la Verónica, donde escribió sus novelas, sus poemas, sus dramas, sus manifiestos incendiarios, y en donde una mañana clara y luminosa—la del 17 de junio de 1871—dejó de existir el generoso campeón de la Libertad, que murió tan pobre como viviera.

El público, al que inflamara el «Desmoulins español» con sus discursos y con sus artículos, lloró la desaparición del revolucionario, del escritor, del hombre bueno, austero, incorruptible e «inadaptable»...

En cambio, el Gobierno, del que formaban parte antiguos compañeros del «último espartano», negóse a dispensar la menor protección a la familia del luchador abnegado, entusiasta de un ideal que no tuvo su génesis en el tubo digestivo... y que, por lo mismo, murió en la miseria.

¡Cuán diferentes a muchos figurones de hoy no pocos hombres de la España de ayer!...

PEDRO NIMIO

PANORAMA INTERNACIONAL

LA cuestión de Oriente se complica por momentos. Una prueba de ello es la formación de un Gobierno fascista dirigido por la camarilla militar que dió muerte al anterior presidente del Consejo de ministros, Inukai.

Los elementos militaristas japoneses, sugestionados por el ejemplo de Italia y por la preponderancia de las huestes de Hitler en Alemania, han venido fraguando un movimiento fascista en aquel país, que se ha exteriorizado con la agresión a Inukai y con la intervención, en el Gobierno del Japón, de personalidades manejadas por la Liga de Jóvenes Oficiales.

Nos lamentábamos, en otras crónicas de LA CALLE, de la perniciosa actuación, para el derecho y la libertad, del fascismo italiano y del hitlerismo alemán, y por si no constituyeran ellos bastante pesadilla o suficiente desdicha para los pueblos que los padecen, y para los demás países que han de alternar con tan incomprensibles dictaduras, aparece ahora el fascismo japonés, propulsado y capitaneado por un grupo de jóvenes oficiales que no reparan en medios, por violentos que sean, ni en procedimientos, por repugnantes que resulten, para conseguir imponerse.

Y lo peor todavía es que inspira su actuación un imperialismo desenfundado y un afán de lucha y de torpes ambiciones sin tasa ni medida.

Algunos periódicos franceses e ingleses se han ocupado estos días de los planes y propósitos de los japoneses, como consecuencia de las amenazas formuladas por el anterior ministro de la Guerra del Japón. La movilización parcial en aquel país y en la Siberia rusa son síntomas harto elocuentes para no empezar a preocuparse un poco de las consecuencias que podría traer

La seria amenaza de un conflicto entre Japón y Rusia

un conflicto armado entre Rusia y el Japón.

Los japoneses, hace bastantes años que vienen preparando la dominación del ferrocarril del Este chino, utilizando para ello el pretexto de las persistentes fechorías de los bandidos chinos. La finalidad de tal dominación es de una importancia extraordinaria. Dicha línea es la más directa y de más movimiento comercial con Vladivostok. Y conseguida la ocupación completa de la misma y apoderados los nipones del empalme del ferrocarril transiberiano con el del Este chino en territorio de Rusia, tendrán en su mano el punto estratégico más esen-

cial para frenar la acometida que puedan realizar los soviets.

Está descontado que el Japón pretendía, y pretende, conquistar la provincia marítima de Siberia, y que uno de los obstáculos que se oponían a sus planes, a los planes de los imperialistas, era Inukai. Por esto lo eliminaron. Ahora, con un Gobierno a la medida de los deseos de los nuevos conquistadores, de ese brote de militarismo que, como ha ocurrido en todos los países, traerá la perturbación y la ruina en el Japón, ya no encontrarán vallas ni impedimentos, y haciendo ver que salen a la defensa de sus intereses,

procurarán realizar sus planes de ocupación de toda la citada zona hasta Vladivostok.

El principio de ellos ha sido el conflicto chino-japonés. Al ocuparnos del mismo, vimos enseguida la mano de los soviets alentando, estimulando y apoyando a los chinos, no directamente, sino por medio de elementos suyos que llevaban la misión de incrementar la perturbación. Los soviets no veían, en cambio, la intención de los nipones. Y con la presión ejercida sobre las bandas y guerrillas de chinos que llevaban a cabo actos de bandiderismo y de pillaje, dieron margen a que los japoneses ejecutaran los mayores despotismos en la Manchuria y en Shanghai.

Las cosas han llegado a un punto que no permite que permanezcan cruzados de brazos los pueblos, que seguramente sufrirían las repercusiones de ese gravísimo conflicto, si por desdicha se tradujera en una realidad. Salta a la vista que Asia, Gran Bretaña y Norteamérica, de momento, serían las primeras naciones que se encontrarían envueltas en él.

Así, pues, cabe esperar que las citadas potencias recurrirán a la Sociedad de Naciones para salir al paso del Gobierno japonés actual y de la Liga de Jóvenes Oficiales, que lo dirige, sin perjuicio de demostrarles colectivamente, aparte de la acción que realice el órgano internacional de Ginebra, que la paz del mundo no puede ni debe estar a merced de ningún militarismo ni imperialismo, impropios e intolerables a las alturas que nos encontramos del siglo XX.

Todo lo que no sea una acción energética y terminante, en tal sentido, no tendrá eficacia ninguna.

Carlos BERNAL

París y mayo, 1932.

MENU ESPAÑOL, por LEY



—¡TODOS LOS DIAS LO MISMO!

DE VIERNES A VIERNES

¡EXITO! ¡EXITO! ¡EXITO!

Y es entonces cuando estalla una enorme ovación para premiar el discurso del señor Azaña, que había sido escuchado sin interrupciones. Aplaudieron los diputados afines, algunos que no lo son, las tribunas, y, entre ellas, la de la Prensa. Los escuchas de la calle, aquellos que no tienen amigos para que les inviten, guardaron silencio. Se había roto ese respeto de las alturas de la Cámara, ya que los aplausos iban dirigidos al jefe del Gobierno. Los guardianes dejaban complacidos. Azaña levantó la cabeza y paseó sus ojos por el círculo que

rompe el frente en el que se levantan los bultos de Isabel y su marido, a los que varias veces se dirigió el jefe, y sonrió. Yo no aplaudí porque no es ese mi oficio y me pareció sorprender un chispazo de sorpresa en la mirada cazorra e irónica del presidente. Algo así como si de pronto su enorme preocupación de muchos días, que todavía le torturaba al sentarse en el banco azul después de un esfuerzo casi sobrehumano de tres horas de parla, se desvaneciera de pronto, transformándose en la fuerza alegre de considerarse superior a su propia estima-

ción. Y ya entregó sus manos a todos los apretujones.

Después han brotado de la tierra abonada con el Poder, todos los adjetivos que pueblan la lengua de Castilla y el habla catalana, cuajados de los maravillosos colores de la primavera; las frases ahitas de cortesanía, que también se usan, y con acierto, en la República; desde esa que dice «tiene Azaña la cabeza llena de sesos», hasta las más sutiles, llenas de un intelectualismo de viejo Ateneo, por serio, más puro. Se ha dicho ¡qué sé yo!; se han buscado ¡cuántas comparaciones!; y hemos

llegado a la conclusión que el «Monstruo» asesinado por el italiano, la capacidad derribada frente a la librería de la Puerta del Sol, todos y cada uno de los mortales que intervinieron en la vida pública española, fueron pálidos espectros de gobernantes, al lado de este hombre, al que leíamos hace un año unos cuantos y escuchábamos hace cuatro sus conferencias, Rivas y Cherif y una veintena más. Desde luego, no llegábamos a tantos los que hacíamos en los periódicos comentarios entusiastas de sus charlas, en el escenario pequeñito y olvidado del «Caracol». Y se han dicho otras cosas, se ha gritado que quien no lo reconozca así es un derrotista, digno del desprecio de Beúnza, y tan viejo, que la piel se le cae a tiras, quemada por el nuevo sol revolucionario.

Azaña, con toda su cabezota llena de sesos, sin tiroides, con una corriente circulatoria que no pierde su ritmo tan fácilmente, habrá, sin duda, separado el oro de su cáscara y si mucho meditó antes de pronunciar el discurso, nosotros suponemos que mucho más pensará después de la explosión entusiasta. Y sabe...

El discurso de Azaña, artísticamente, sólo alcanzó su grandeza en la última parte, formidable período de gran orador y conferenciasta. Con esto queremos decir que el hablador había preparado los jalones de su charla y seguro del terreno, ganado por su propio entusiasmo, con aquellas ideas supo hacer un final maestro, digno de su fama. De su fama, claro, no nacida el 14 de Abril. Y avancemos de éste al principio. Hubo un toque de política futura que a nosotros nos extrañó un punto: el nombramiento oficial de sucesor en la presidencia del Consejo de ministros. Señaló a Lerroux como tal, siguiendo así la creencia popular y el arrajo del partido radical en el país, pero chocó en nuestra sensibilidad el anuncio, porque consideramos que nadie desde el banco azul, puede hablar más allá del día que llega y el propósito pudiera parecer a los suspicaces un modo galano de atraerse deter-



TEMAS

HACIA UNA ESPAÑA INTEGRAL Y DINAMICA

DE todas las alabanzas dirigidas al actual jefe del Gobierno después de su magistral discurso, ninguna nos parece tan acertada como la del ministro de Hacienda: "Este sí que es un castellano", dijo conmovido el señor Carner.

Un castellano, sobre todo, es Azaña; antes que un gran estadista, más que la revelación del nuevo régimen y la primera capacidad política de la República, un hidalgo hijo de la hidalga Castilla.

Lo que Azaña dijo en el Congreso, es la genuína expresión del alma castellana, no del alma castellana guerrera que por verse solo a sí misma, no conoce más ley que la fuerza, sino de aquella otra, ardorosamente generosa, que todo lo dió derramando su personalidad sobre la Historia.

Esta Castilla que dió a los pueblos que ella creó sus jugos espirituales básicos y que aun sabe parir hijos como Azaña, fué siempre madre, no déspota. Ni aun en sus tiempos de plenitud. Estaba demasiado desbordante de sabia vital y era su sangre demasiado tumultuosa entonces para contenerse en los límites de una refinada explotación de pueblos conquistados. Labor impetuosa, irreflexiva si se quiere, pero ¿se le podía pedir otra cosa a quien no

tenía formados los músculos de sus brazos para alzar entre ellos un mundo? De los países niños se puede esperar la locura exaltada y creadora. Para el sostenimiento y equilibrio de lo obtenido ahí está Inglaterra que entra ya madura en la conquista.

Todo esto pertenece, sin embargo, al estruendo de la historia de Castilla. Lo interesante es consignar aquí que las circunstancias la obligaron a crear pueblos y no tuvo tiempo de robustecerse a sí misma. Menos podía tenerlo para constituir la nacionalidad española bajo su escudo y el de Aragón. ¿Falta de ideal o de cultura? ¿Falta de capacidad para hacer la unión? No. Con los Reyes Católicos brotan la disciplina y la cohesión. El, Fernando, es además, gran político; ella, Isabel, gran ta. to. Pero surge demasiado pronto el des-

cubrimiento de América y, la epopeya de la conquista se lo lleva todo.

Más tarde, Austrias y Borbones ven sobre España como jaurias hambrientas y se acentúa aun más la disgregación del cuerpo nacional. Con el absolutismo de los reyes extranjeros no es posible que los componentes nacionales relegaran sus particularismos. Ejemplo, Castilla donde se sublevan los comuneros. Mirando a España, cualquier Royo Villanova de la época hubiera podido decir: Castilla no tiene razón. Aragón, Cataluña, Vasconia y Galicia, conservan su legislación y sus fueros. Otros reinos lo mismo. Pero todo ese hervidero de deseos, todas esas inquietudes, aspiraciones e intereses, se estrellan contra la nefasta Monarquía.

Ya en nuestro tiempo no hay que decir que, bajo la

férula del dictador Primo de Rivera las regiones robustas, en vez de irse por el camino de lo compacto, tiraron por los vericuetos de los personalismos. ¿Qué es España entonces, después de los Reyes Católicos? ¿Dónde está España como nación?

Ha sido preciso que un político del patriotismo y de la envergadura de Azaña, amante de la tradición y de las verdaderas glorias de Castilla, extranjera de la cantera vieja y perenne de España, el fundamento de una patria nueva, para que ciertos señores diputados puestos a atalayar horizontes históricos, vayan perdiendo la miopía. Dentro de su radicalismo republicano y de su castellanismo de pura cepa, el señor Azaña preconizó el robustecimiento de las regiones como sostén de la unidad nacional. Y esto sí que es hermanar en la gran fórmula de un españolismo integral y dinámico los hondos latidos sentimentales de un Juan Maragall con el frío cálculo político de un Cisneros.

¿Y no es más gloriosa empresa para la República crear una España nueva unida por los vínculos de amor de las regiones que sostener una unión basada únicamente en cálculos monárquicos?

Enrique JAVEGA

Inserte usted sus anuncios en LA CALLE y hará negocio

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

minado número de votos para el feliz término de sus propósitos parlamentarios. Nada más que horas pasadas, Lerroux hablaba en un banquete y dejó en el aire de nuevo la colaboración que parecía rendida. El floretazo pudo evitarse el señor Azaña, porque sabe que la minoría radical votará el Estatuto, pero después de una discusión tan honda como sea posible y, en muchos puntos, lejos de su deseo y voluntad.

Ya ha surgido en nuestra pluma lo del Estatuto, base del discurso y su punto más breve. Esperaban algunos que el presidente puntualizaría su pensamiento, que es el del Gobierno. Ya lo habréis leído y si la referencia es justa, sabréis que este hombre, que habla con una claridad deslum-

brante, pecó de cierto confusiónismo en algunos períodos. Y hombres de inteligencia práctica tan afinada como el socialista Cordero, así lo resaltaron en sus comentarios.

La primera parte del discurso, a mí me entretuvo y hasta me entusiasmó. Todo lo que sea interpretar la Historia es un arte de maestros. Es posible que en muchas apreciaciones se discrepe, es indudable que no está a la mano de todo el que quiera hacerlo. Don Manuel Azaña buscó en las veredas históricas el argumento de sus conclusiones y si el propósito semeja artificiosidad, los resultados son los que se buscan.

Han pasado los minutos fervorosos, y ya podemos hablar con calma, aunque griten los de la guardia; el espectador ha

de tirar el residuo de gritos para buscar la pulpa sabrosa. Los que miramos la política desde hace mucho tiempo, atentos a algo más que a la impresión, sabemos que mientras algunos escribíamos libros de máxima dureza, otros vitoreaban al dictador y que estos vitores siguen siempre al que manda, no importa como se llame. Esto lo sabe también Azaña, cuya inteligencia asombra ahora a los que no se enteran nunca de lo que pasa más allá de sus narices, porque Azaña—por contar algo todavía reciente—es el mismo cuarentón desconocido, que arrolló a Matos en el ministerio de la Gobernación y con tres frases-fatigazos dejó a su excelencia sin saber qué decir. Y cuando lo contábamos alborozados, estos alocados de hoy

hacían un gesto despectivo y los más enterados decían: «¿Azaña? Sí, un escritor muy aburrido, que es empleado en no sé dónde. Si lo dejaran cesante aprendería...»

Éxito, gran éxito, pero cuidado. España ya no dormita, escucha y ve. El señor Azaña ha escrito comedias y sabe que muchas veces un estreno promete mucho el día inicial y luego la gente vuelve la espalda, porque el éxito, sincero, fué alcanzado entre «técnicos» del teatro. Es preciso que su triunfo llegue a la calle y se conserve fresco, que Cataluña tenga su Estatuto, sin que el resto de nuestra España se sienta desgajada. Y para esta obra de serenidad es precisa una crítica severa, que es, al fin, orgullo de las demeracias.—Luis de ARMISAN.

EXALTACIONES

COBARDIAS

LA fauna monarquista tuvo siempre un denominador común: el impunitismo. En los tiempos, en los onerosos tiempos de su esplendor oficial, todos los desacatos, todas las tronelías, los crímenes perpetrados por esa especie aparte del género humano que se llamaban—más a la corta o más a la larga—los esbirros del rey, tenían su origen en el impunitismo, hijo a su vez del privilegio de clase.

Pero todo ello se ha concluido ya. Y, ahora, faltos del elemento vital del impunitismo “dentro de la ley”, dentro de aquella ley, de aquella legalidad hecha para y por los mismos impunitistas, los residuos de las mesnadas alfonsinas—mejor fuera decir: borbónicas—pugnan, luchan, bracean, por seguir revolcándose en la misma tenebrosa impunidad, y, como quiera que no se les ha de reconocer, se la inventan, la urden, la tramán; nueva, distinta, semidesconocida; pero impunidad, siempre; impunitismo de siempre.

He aquí la explicación de muchas cosas. He aquí la respuesta, el porqué de ese cobarde aprovechamiento de cualquier circunstancia, de cualquier momento, de cualquier fute por parte de los ex aristócratas y de los clericales, a quienes—a los últimos—no cabe el “ex”, porque, amamantados bajo los auspicios de la clergalla histórica, su segunda naturaleza de clericales antes que racionales los hará llegar como son a la hora de la muerte.

Nos referimos a esos “cortesés desmanes” que, bajo el título genérico de “ofensiva contra la República”, recoge a diario la Prensa española.

Hoy, es una damita que se viste de amarillo y lleva de cada mano una criturita—profanada en su inconsciente complicidad—vestida de rojo, para resucitar la enseña que el pueblo rechazó un día, no por haber sido bandera de la España monárquica, precisamente, sino por haber sido pabellón nacional, manchado más veces con sangre de crímenes que con sangre de héroes, pues hasta esta misma sangre heroica, mártir más bien, hablaba del gran crimen africanista, si acaso se habían amortiguado los ecos del otro gran crimen ultramarino.

Otro día es la insustancial muchacha, entre imbécil y “snob”, que, a trueque de complicar su histerismo con una nueva modalidad hiperestésica, succiona con avidez de fanático enfermizo un limón con cáscara, para obtener la misma combinación rojigualda, al aprisionar el fruto entre los labios artificialmente rojos.

Otro día, muchos días, son esas damas que, saliéndose del marco de la respetabilidad, deambulan portadoras de una cruz menudita (no serían capaces, a buen seguro, de cargar con el madero de Jesús, aunque les garantizasen que de ello dependía la restauración de su ídolo), olvidando, o desconociendo, que ese cuerpo que va clavado en ella perteneció a un idealista, condenado por fariseos, por fariseos de su misma casta, de la de ellas y sus tolerantes padres o esposos.

Otra vez, en fin, es el “pollo crudo” que lleva arrollada al cuello una corbata, de venta, posiblemente, en algún centro tradicionalista, en la que los dos colores—los ya tan manoseados dos colores, que merced a los esfuerzos de quienes dicen defenderlos acabarán resultando aborrecibles—aparecen

mezclados, disimulados arteralmente, entre los demás colores del tejido.

Todo esto y tantas otras invenciones más, ¿qué es o qué significa?

E y significa cobardía, cobardías; muchas cobardías y mucha indignidad, por tanto.

La cobardía comienza en el varón que, incapaz de adoptar una posición que “puede perjudicarlo”, lanza a la mujer a la batalla que él no se atreve a librar.

¿Qué diríamos del hombre que, frente a frente con la vida, en un día triste de penuria, enviase a la esposa o a la compañera a buscar el pan, a resolver el problema del día? Pues eso mismo hemos de decir de estos otros hombres que, mientras, acaso, peroran y vociferan en las salas del círculo que fué monárquico y ahora es, sencillamente, de extrema izquierda, acarpanando la voz para gritar que “ellos son republicanos de toda la vida”, envían a sus mujeres o a sus hijas a la Castellana, de Madrid, o a las Ramblas, de Barcelona, a hacer afirmaciones monarquizantes, afirmaciones mudas, que bien pronto se convertirían en negaciones y protestas si llegara el caso.

* * *

Hace días se celebraba—no sabemos por qué, pero se celebraba—una fiesta católica, apostólica y romana, en toda la Nación, en toda una Nación “sin religión oficial”.

Engalanáronse algunos balcones, a instancias de los jesuitas que, como el Cid, siguen ganando batallas después de muertos.

Y aquella mañana tuvimos ocasión de presenciar algo que nos habló muy claro del alto valor de los descontentadizos reaccionarios. Y fué así:

En los balcones de cierta aristocrática mansión aparecieron unos trapos rojos y amarillos en manos de la servidumbre dispuesta a colocarlos.

Pero he aquí que los transeúntes lo advirtieron y se estacionaron frente a la casa, primero dos, luego cuatro, ocho después, cuarenta al poco tiempo. No tenían caras de muy satisfechos ante la “patriótica manifestación” los transeúntes. Y así debieron de comprenderlo los dueños de la casa, por cuanto que, inmediatamente, la servidumbre que colgara el viejo emblema apareció en los balcones dispuesta a quitarlo de allí, como lo hizo.

Cobardía, cobardía.

Los que éramos republicanos—y tenemos pruebas de ello a la solicitud del primer incrédulo—y lo éramos cuando el serlo era sentar plaza de indeseable, los que, ante un juez militar, podíamos evadir una responsabilidad con un simple “no” y dábamos un rotundo “sí” pidiendo la culpabilidad íntegra, no podemos ver sin indignación creciente los rastros, viles y cobardes procedimientos de esas gentecillas que parecen dispuestas a todo, hasta que un puño del pueblo levantado en alto les hace cerrar los ojos y los balcones y los haría de nuevo trasponer fronteras.

Cobardes. Cobardes de nacimiento, de herencia, de idiosincrasia. Avezados a moverse en la impunidad; incapaces de nada viril, tanto como aptos a todas las cobardías.

FELJOO Y TOPRES

EN EL EXTREMO ORIENTE

EL «DRAGON NEGRO» CONTRA EL DRAGON ROJO

DE nuevo llegan noticias alarmantes desde el Extremo Oriente. El general japonés Honjo, jefe de las tropas en Manchuria, acaba de trasladar su Estado Mayor, de Mukden a Charbin, que es una ciudad enclavada en la zona de influencia rusa. Al mismo tiempo, las tropas japonesas avanzan hacia la frontera rusa.

Los imperialistas triunfan en Tokio. El partido militarista, dirigido por uniones patrióticas, como «El Dragón Negro», supo aterrorizar al Gobierno y al propio «mikado», imponiéndoles su voluntad. El viejo Yanukai, que encabezaba el Gobierno, se mostró demasiado pacífico. Hasta ordenó evacuar Shanghai y el Norte de Manchuria. Eso los «patriotas» de uniforme militar no pudieron perdonárselo y le mataron.

Durante unas veinticuatro horas Tokio fué teatro de los actos terroristas más crueles perpetrados por oficiales del Ejército, miembros de la Unión «El Dragón Negro». El Mikado, presa del pánico, capituló ante los terroristas. El sucesor del primer ministro asesinado, almirante Saito, se apresuró a dar satisfacción a los asesinos de su predecesor e inauguró, desde el primer momento, una política en extremo imperialista.

El Gobierno de Moscú ve en esta política una grave amenaza. La Prensa rusa publica artículos llenos de indignación contra el imperialismo japonés, mientras dirige al pueblo llamamientos imperialistas, insistiendo en la intensificación de la industria de armamentos, en la fabricación de la mayor cantidad posible de cañones, aeroplanos, tanques, gases asfixiantes, etc.

Las dos grandes potencias del Extremo Oriente se desafían mutuamente y se apresuran a una lucha sin cuartel. Son dos antagonistas que se odian y sueñan con exterminarse uno a otro.

¿A qué obedece este antagonismo feroz?

* *

El Japón cuenta unos 64 millones de habitantes, pero posee un territorio muy reducido. Mientras en la Siberia vecina hay tan solo dos habitantes por kilómetro cuadrado,

Un botín fácil y tentador. - El llamado Derecho internacional. - Rusia se prepara. - Dos imperialismos

en el Japón son 170. Casi la mitad de los campesinos japoneses no tienen más que una media hectárea de tierra y tan sólo un 3 por 100 posee más de una hectárea.

No es, pues, extraño, que los japoneses sueñen con la expansión, con la anexión de nuevos territorios. Se dice que no faltan en la vecindad tierras que se pudiera fácilmente anexionar: Mongolia y Manchuria, que pertenecen a China y donde procuran establecerse los bolcheviques; luego, una parte de la Siberia Oriental, desde el importante puerto ruso Vladivostok (el único puerto libre de hielo en Siberia) hasta las orillas del gran río Zena.

El botín es muy tentador. Los japoneses creen que el momento es favorable para la realización, siquiera sea parcial, de su sueño secular. Primero, porque los chinos no pueden oponer una resistencia considerable, puesto que no tienen ni tropas disciplinadas, ni armas modernas, ni fondos; además, el país está dividido por conflictos interiores y rivalidades entre varios partidos.

En cuanto a Rusia, los unitaristas japoneses saben muy bien que los bolcheviques no están todavía preparados para una guerra en el Extremo Oriente y no se atreverán a atacar desde Siberia, porque allí no tienen más que una sola línea férrea y porque esta base se halla a unos once mil kilómetros de Moscú.

Tampoco inspira a los japoneses inquietud la Liga de las

Naciones: los Estados más influyentes que a ella pertenecen tienen intereses en el Extremo Oriente y están poco dispuestos a enemistarse con el Japón. Aprovechando la disgregación de China, quieren consolidar en ella sus posiciones y ven en el Japón a su socio en el pillaje.

Además, las grandes potencias tienen bastantes razones para temer que penetren los bolcheviques, por Manchuria, en el territorio chino, porque en este caso la invasión roja pudiera ganar nuevo terreno y conseguir nuevas posibilidades. En cambio, los japoneses, al adueñarse de la Manchuria, sabrían oponerse a tal invasión. Serían una especie de baluarte contra el peligro rojo.

De todos modos, es muy dudoso que la Liga de Naciones se ponga de un modo eficaz a los planes imperialistas del Japón. Por el contrario, es de suponer que Inglaterra, Francia, los Estados Unidos y algunos demás Estados, en caso de una guerra ruso-japonesa, prestarían más bien apoyo al Japón, en la esperanza de aplastar definitivamente al dragón rojo.

* *

Los japoneses lo saben muy bien, y a eso obedece su política de desafío para con Rusia. A no dudarlo, sueñan con la anexión no sólo de la Manchuria, sino también de la provincia marítima rusa, Vladivostok. Saben que ahora los bolcheviques, al blandir, amenazando, las armas, no pueden

arriesgarse en una aventura militar en el Extremo Oriente, y quieren aprovechar la situación favorable. Saben también que dentro de unos años una guerra con Rusia sería demasiado peligrosa, puesto que los bolcheviques fabrican febrilmente armas, municiones, tanques, aeroplanos, todo lo necesario para una lucha armada.

El segundo plan quinquenal, que será inaugurado por el Gobierno soviético en 1933, contiene, entre otros puntos, la construcción de una nueva línea férrea desde Chelabinsk (en el Ural, en la frontera entre la Rusia europea y la asiática) hasta Vladivostok, lo que facilitaría mucho el traslado a Siberia de tropas, municiones y víveres.

Por todo eso, los japoneses se apresuran a realizar lo más pronto posible sus sueños imperialistas. Burlándose de todos los tratados, del Derecho internacional, de las protestas platónicas de la Liga de Naciones, siguen desafiando a Rusia. Además, los japoneses justifican su actitud bélica por el imperialismo de las demás potencias. «Toda la política del Gobierno zarista y soviético — escribe «El Correo Japonés» — era, y sigue siendo, inspirada por el egoísmo más brutal. Los bolcheviques, que con tanto ardor defienden sus «derechos sagrados», someten por la fuerza bruta a los representantes de otras nacionalidades, como los ucranianos, los armenios, los georgianos, etc. Hay más: Stalin y los suyos procuran implantar su bandera en otros países, burlándose del Derecho internacional.»

* *

En cierta medida, los japoneses tienen razón. No sólo los bolcheviques se burlan de los principios «más sagrados», sino todos los Gobiernos. ¿Es que Inglaterra, o los Estados Unidos de América, reparan en medios para someter a su yugo a pueblos que no sueñan más que con la independencia?

El llamado Derecho Internacional es una cosa muy elástica, y cada Gobierno sabe adaptarlo a sus necesidades. En eso, los amarillos japoneses no ceden a los rojos rusos... ni a los ingleses, franceses, yanquis y demás pueblos...

N. TASSIN

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELEFONO 90118

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

PROBLEMAS DEL CAMPO ESPAÑOL

EL PROBLEMA SOCIAL AGRARIO Y EL

ORDEN PUBLICO

TANTO la Comisión que nombró el señor Moret en 5 de diciembre de 1883 con el objeto de estudiar todas las cuestiones que afectarían a la mejora y bienestar de la clase obrera, tanto agrícola como industrial, como de la información citada al final de mi artículo anterior, se obtuvieron interesantes conclusiones prácticas, que hubieran remediado en buena parte la situación del proletariado y hubieran evitado que en 1892 ocurrieran los sangrientos sucesos de Jerez, cuyos campesinos, armados de palos, hoces y navajas, al grito de «¡Viva la anarquía!»... «¡Mueran los burgueses!»... cometieron crueles desmanes y horribles asesinatos.

En el año 1900, nuevamente el señor Moret abre una información sobre el estado de clases jornaleras de Andalucía y Extremadura.

En 1902, ante «el malestar que se siente en los campos españoles, y especialmente en Castilla, Andalucía y Extremadura», la Comisión de Reformas sociales practicó en toda España una información general y luego otra especial en Andalucía y Extremadura. En ambas se reunieron interesantes datos «relativos a la producción, oferta y demanda de trabajo, jornal y destajo, presupuestos de ingresos y gastos de la familia obrera, educación y asistencia médica, huelgas, Asociaciones de obreros del campo, etc.», datos que fueron publicados en el año 1905, acaso para satisfacer, aunque con indudable retraso, la curiosidad de los aficionados a leer trabajos de esa índole. Y allí, en folletos, quedaron en magnífica letra impresa todos esos datos recopilados, y nadie intentó traducir en hechos legislativos las consecuencias que de ellos se deducían.

Por iniciativa del entonces rey de España, en 1903 se abrió un concurso ante el Instituto de Reformas Sociales, sobre el tema: «El problema agrario en el Mediodía de España: Conclusiones para armonizar los intereses de propietarios y obreros. Medios de aumentar la producción del suelo». Estudios meritorios, muy documentados y completos, acudieron al concurso. Pero allí quedaron, en folletos impresos, las

sabias, oportunas, acertadas, conclusiones que sus autores formularon.

Nuevamente en 1906 la crisis social agraria en Andalucía se agrava, y, irremedio al canto, por Real orden de 9 de febrero de dicho año se nombró una Comisión Informadora que recorrió muchas comarcas de las provincias de Córdoba, Granada, Sevilla, Cádiz, Jaén y Málaga. Se hizo un estudio completo, perfecto, magnífico si se quiere, del problema agrario andaluz, y se llegó a formular hermosas, acertadas, conclusiones prácticas, hacederas. ¡Pero nada más que eso!...

En el invierno de 1918-1919 volvió a agitarse la cuestión agraria andaluza. Sobre todo en la provincia de Córdoba, «sobrevinieron graves conflictos económicos-sociales», lo que motivó, en enero de 1919—vamos a buscar los consabidos remedios— que el Instituto de Reformas Sociales designara una Comisión «que, trasladándose a la expresada provincia, estudie las causas y los posibles remedios de tales conflictos, e informe acerca del referido movimiento». También se hizo un estudio acabado, muy útil, muy práctico, con los datos que aportaron entidades patronales y obreras y con las observaciones directas de los comisionados, personas de gran competencia y con excelente preparación en las cuestiones sociales y económicas. ¡Pero estos estudios corrieron la misma suerte que todos los anteriores!...

Con fecha 18 de septiembre de 1920, el Subsecretario de Trabajo, Altea, firmaba una Real orden comunicada, que se publicó en la «Gaceta» y comenzaba así: «Este ministerio ha examinado las diversas iniciativas y reclamaciones que se le han dirigido relacionadas con el llamado problema socialagrario, singularmente en los pueblos de la región andaluza, y observa que uno de los aspectos de la cuestión en que más se fijan los exponentes es el relativo al subarriendo de predios rústicos y a los perjuicios y abusos que se siguen a la clase trabajadora...» Y en la parte dispositiva: «Primero. Que se abra una información...»

Y se abrió una de tantas in-

formaciones, una información que, por cierto, resultó muy interesante, pero que, como las antes mencionadas, a nada práctico condujo.

Ya en los últimos días de vida de la monarquía, el señor Bernaldo de Quirós fué comisionado por el Gobierno Berenguer para estudiar el problema del paro obrero en el campo andaluz, que, en virtud de la mala cosecha y «otras causas ya añejas», presentaba nuevamente trágicos caracteres. El señor Bernaldo de Quirós, que ya había ido comisionado oficialmente en otras ocasiones a Andalucía a estudiar el mismo problema, hizo un breve, pero sustancioso, utilísimo, estudio del mismo. Tampoco sabemos qu haya dado origen a medidas prácticas el estudio aludido.

El problema, no sólo no ha tenido solución, sino que, según afirmación del propio señor Bernaldo de Quirós, en julio del pasado año, presentaba caracteres de mayor gravedad que cuando él, en noviembre de 1930, lo estudió.

Y, a partir de entonces, no hace falta que reseñemos minuciosamente las agitaciones campesinas que se han sucedido, agitaciones que han presentado extrema violencia en no pocos casos. Y lo más lamentable es que la República ha utilizado, para tratar de remediar estos males idénticos procedimientos a los ya clásicos en la historia de nuestros movimientos socialagrarios: represiones violentas, brutales a veces, mediante la fuerza armada. Contra los males económicos-sociales, los Gobiernos, éstos y los anteriores, no han hallado otra solución que el empleo de la guardia civil. Tan recientes están infinitos sucesos que lo atestiguan que no es preciso insistir en este punto. Es, como se ve, ya tradicional este afán de solucionar los problemas sociales a tiro limpio, y nada de extraño tiene que sea opinión muy generalizada la de considerar el problema socialagrario, y, en general, el paro obrero, los salarios reducidos, la excesiva jornada, y otras reivindicaciones clasistas, como problemas de orden público.

Así, cuando los patronos agrí-

colas de Andalucía acudieron a determinada información abierta por el Gobierno, el tono general de las conclusiones que en sus escritos formulaban eran como el de las cuatro o cinco que me voy a permitir copiar:

Don Francisco Morales, de Puente Genil, afirmaba que «el problema agrario andaluz no es económico; es de cultura y autoridad».

Don Antonio Navajas Moreno, de Castro del Río, pide «la acción perseverante y decidida del Gobierno para el mantenimiento del orden público, organizando un cuerpo especial de Policía rural, nutrido por elementos voluntarios y mandados por jefes y oficiales del Ejército».

La Sociedad «Fomento Agrícola de Andalucía» formulaba así la primera conclusión de su informe sobre solución del problema agrario: «Exigir al Gobierno que cumpla la misión que le está encomendada de mantener el orden público».

Y los representantes de los patronos agrícolas de Baena y Nueva Carteya, como remedio al problema social agrario, «entienden que precisa la represión, y ponen como modelo el pueblo de Valenzuela, cuya tranquilidad social presente atribuyen a los caracteres personales de energía del comandante del puesto de la Guardia civil».

En un pueblo de la provincia de Valladolid, donde entre los setenta u ochenta obreros del pueblo había unos cuarenta sin trabajo este verano pasado, se planteó una huelga por los obreros como protesta de que las autoridades no se preocuparan de remediar ese problema local del paro obrero, y of a un grupo de patronos agrícolas que recomendaban al alcalde: «Aquí no hay más que traer la Guardia civil y verás como se acaban las huelgas y los llos estos...»

Y claro es, con este concepto que de los problemas sociales tienen nuestros gobernantes y nuestras clases directoras no hay modo de que en España tengamos, no ya la paz social por que tanto suspiran los burgueses (que tanto contribuyen a la guerra social) sino que no hay modo de que así pueda resolverse ningún problema social y económico.

Angel LERA DE ISLA

Suiza



Berna.—Un pintoresco barrio extremo de la capital de la República feliz

QUIEN no forjó alguna vez en su mente la placida visión deliciosa de las soñadas regiones helvéticas? El menos iniciado en turismo tiene alguna referencia de ese agradable/lísimos lugar terreno de venturoso bienestar pacífico que tiende indudablemente a aproximarse a aquella existencia ideal ensalzada por los filósofos socialistas.

Cuando por la línea de Lyon, en Francia, avanza el tren veloz hacia la frontera de Bellegarde, se distingue ya en la lejanía el hermoso panorama con la alta cumbre de los Alpes como símbolo del elevado nivel de cultura de aquel territorio incomparable.

Al recorrer las naciones para conocer las leyes y costumbres de los distintos pueblos del Universo, se adquiere rápidamente la convicción de que la República superioriza a la humana muchedumbre organizada. Pero el suizo no hace gala de ser republicano ni se exalta con las pasiones políticas, pues se halla tan naturalmente compenetrado de su ventajosa condición privilegiada, que no cree posible otra forma mejor de gobierno que aquella que le hace dichoso y le educa en los nobles principios de la Democracia.

Vastas montañas, ríos caudalosos e inmensos lagos en

la campiña pintoresca; orden perfecto, progreso intenso y belleza imponente en las ciudades.

Suiza es la República feliz. ¡Berna, Ginebra, Lucerna, Zurich! Al apearse del tren en las colosales estaciones de esas suntuosas metrópolis de Helvetia, una palabra, en los tres idiomas del país, anuncia al viajero maravillado el ancho portal que da paso a la urbe perfecta. "Ausgang", "Uscita", "Sortie". ¡Qué encanto sublime el sentimiento fraternal de esas gentes que se expresan en tres diversos lenguajes y se respetan entre sí, qué enorgullecedor ejemplo esa admirable nación formada por tres razas totalmente distintas unidas por un sincero patriotismo bajo una misma bandera de República Federal! Cada cantón es un pequeño Estado sin más ambiciones que una existencia de prosperidad apacible en el hogar de todos. La vida transcurre en un ambiente digno y natural. Nada de enconadas luchas políticas ni peligro de funestas aventuras guerreras. Una envidiable armonía reina constantemente en la calle, donde no se ve ni un soldado, ni un cura, y se acaba por olvidar el nefasto fanatismo religioso y la fatal violencia bélica de las armas.

Proclamada Estado neutral,

Suiza tiene un generoso espíritu de alivio a todas las catástrofes irreparables del mundo. Por eso establecióse allí, muy acertadamente, la sede de la Cruz Roja Internacional y de la Sociedad de las Naciones.

Si Italia atrae por lo histórico y América por lo monumental, Suiza cautiva por sus pintorescas extensiones de ensueño y por el sosiego amistoso de sus gentes.

¡Qué impresión deleitosa del ánimo se experimenta al llegar a esas poblaciones de calma y hermosura admirables!

Apenas abandona el viajero, en Ginebra, el convoy que le ha transportado a tan placenteros parajes y el tráfico incesante de los andenes ferroviarios, ya divisa la total longitud de la Rue Mont-

blanch, en cuyo fondo aparece, imponente, la montaña eternamente nevada. Curioso contraste sentirse bajo el ardoroso fulgor de los rayos del sol estival con una inmensidad de hielo ante los ojos!

La entera actividad ginebrina se desenvuelve en esa arteria que finaliza en las poéticas riberas del Ródano y del lago Lemán. Luego la suntuosa Zurich, la magnífica Lucerna, todas, en fin, esas metrópolis suizas por cuyo encanto visual igualan o hasta superan en ciertas cosas otras capitales del globo, pero en donde se aprende innegablemente mejor que en ningún otro lugar de la tierra el perfecto civismo y la energía inteligente de la vida.

A. T. ITOGNEZ



La Rue de Mont Blanch, en Ginebra

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE SAGUNTO AL 14 DE ABRIL

LA equivocada política de los partidos monárquicos de anular los anhelos populares con represiones bárbaras, acarrió a España días de turbulenta pasión revolucionaria, que ni siquiera la liberalidad del señor Canalejas—encargado del Poder pocos meses después del asesinato de Ferrer, y en sustitución del señor Moret al cual se le habían agotado ya todos sus recursos gubernamentales para amortiguar la indignación que había producido la conducta del gobierno del señor Maura—, pudo poner paz entre los españoles y hacer renacer en las masas, el amor al trono que milagrosamente se sostenía aún en pie.

El señor Canalejas, queriendo servir lealmente a la monarquía y no abandonar al pueblo, desarrolló un programa en su Gobierno, fatal para la monarquía y desgraciadísimo para el pueblo; siendo aquel intento de aproximación entre el rey y sus súbditos, llevado a cabo por el político gallego,

XX

La monarquía gravemente comprometida

el ejemplo palmario de que los intereses de Alfonso de Borbón y los de los españoles, eran incompatibles y estaban en abierta pugna.

Inútil fué que el señor Canalejas recurriera a ese deslustrado tópico del clericalismo, tan explotado por todos los gobernantes españoles, y fundara unas cuantas escuelas laicas, promulgara la famosa e inocua ley del «candado», para ganarse la adhesión de los obreros, y tranquilizar la agitada conciencia nacional, cuando su conducta con Pablo Iglesias, prohibiendo dar conferencias contra la guerra de Marruecos, delatábalo y ponía de manifiesto su verdadera intención, que no era otra que la de defender su equívoca situación personal entre los conservadores que lo creían liberal, y los liberales que lo creían conservador.

Y esta antigua política del señor Canalejas, la España trabajadora y relegada a último lugar respondió con huelgas y motines en toda la nación, dando principio Bilbao, cuyos tra-

ron, negándose a obedecer a sus jefes y dando gritos a la República, siendo fusilado el promotor del motín que luego se supo, gracias al señor Soriano, que era un infeliz epiléptico alocado e irresponsable.

En Sueca, otro desgraciado demente, pero éste monárquico, se enfrentó con todo el vecindario que era enemigo de la guerra de Marruecos, defen-



Mitin celebrado por el señor Lerroux en Barcelona, en defensa de los presos por los sucesos de la Semana Trágica

bajadores mineros pedían nueve horas en vez de diez de labor, para que siquiera pudieran disponer de sesenta minutos y asistir a las escuelas laicas, que únicamente en atención a ellos se habían fundado.

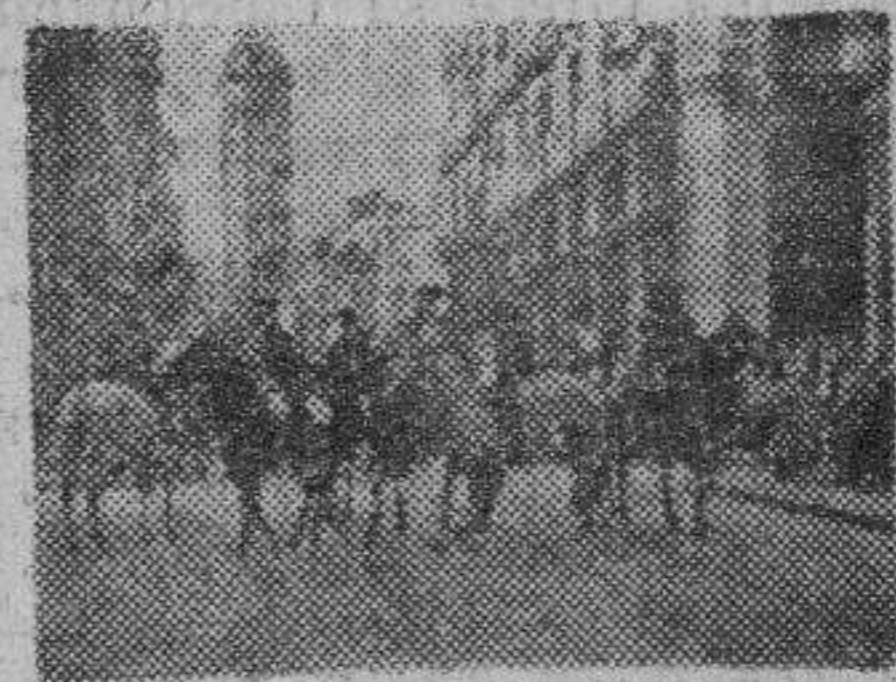
En Barcelona, como protesta a la política del señor Canalejas y en señal de completo desacuerdo con ella, un comité revolucionario, formado por sindicalistas españoles y extranjeros, había maquinado un vasto plan para apoderarse de dicha ciudad y proseguir luego su labor reivindicativa por toda la nación. El complot fué descubierto, y las persecuciones a los obreros tan perseverantes y continuas en todo el territorio nacional, que Pablo Iglesias hubo de exclamar en el Congreso: «El señor Maura se conformó con Montjuich; pero el señor Canalejas ha convertido a toda España en un presidio político».

El malestar había llegado también al Ejército y la Armada y, a bordo del «Numancia», un grupo de marineros capitaneados por otro, apellidado Sánchez Moya se insubordina-

diéndola, y su atrevimiento le valió ser muerto por varios padres de familia que tenían a sus hijos en Africa y no podían tolerar que murieran a manos de los moros, para satisfacer los necios afanes bélicos de Alfonso de Borbón.

En París, Rodrigo Soriano, Blasco Ibáñez, Lerroux y Junoy, conspiraban con el beneplácito de Caillaux, presidente a la sazón del gobierno francés y enemigo irreconciliable de Alfonso XIII.

En Madrid, Sol y Ortega, Benito Pérez Galdós, Pablo Iglesias, Julián Besteiro y otros



La Guardia civil disolviendo una manifestación en las calles de Valencia, llevada a cabo en defensa de la enseñanza laica



el proceso de Ferrer, para la lectura de los cuales sólo se le dió de tiempo a su defensor señor Galcerán veinticuatro horas

AVANZANDO

EL resultado de las elecciones francesas establece un paréntesis muy interesante en la política mundial. Como una reacción violenta a cosas pasadas en el vecino país; quizá más bien como una señal de los tiempos y un aviso del más elevado interés, la opinión pública francesa ha querido significar su deseo de manera clara y evidente.

Primero fué Inglaterra la que dió un viraje fortísimo hacia la derecha. El triunfo de los conservadores en la rubia Albión fué algo impresionante. De una minoría que, sola, no podía gobernar, pasó a ser una mayoría absoluta y abrumadora.

Después fué Alemania. Porque si bien es cierto que en la elección presidencial no se inclinó hacia ningún lado y mantuvo un "statu quo" que no alteraba la situación en ningún sentido, más tarde, en las elecciones generales, sus preferencias derechistas quedaron firmemente demostradas. Verdad es que Hitler no sacó mayoría, pero verdad es también que sus partidarios son la minoría más considerable en el Parlamento alemán, lo que más tarde o más temprano pondrá en sus manos el Gobierno del Reich.

Frente a esta inclinación de acentuado derechismo, viene Francia y se inclina manifiestamente hacia la izquierda. El triunfo de los radicales socialistas y de los socialistas es la prueba inequívoca de esta inclinación.

Reconocido el hecho, ¿cuáles son las deducciones a sacar? ¿Qué ventajas obtendrá Francia de esta política izquierdista que las elecciones han impuesto? Es muy difícil presagiar. Y más difícil aún acertar.

Tomado en un sentido estrictamente electoral, poca cosa nos dice el resultado de las elecciones francesas. Conocido es el mecanismo de la política del país vecino; conocidos son los programas de los dos partidos que han sacado las minorías más considerables; y conocidos una y otros, a juzgar por ellos, diríamos sencillamente que las cosas seguirán poco más o menos lo mismo que estaban antes. ¿Pero no hay otra perspectiva, otro horizonte que invite a enfocar los problemas, dado el estado actual del mundo, que como lo haríamos si tuviéramos en cuenta el programa y la significación política de los partidos triunfadores? Naturalmente, sí, hay otros; y nosotros vamos a tomarlos como base.

La situación económica del mundo es más precaria cada día. Las clases trabajadoras, en virtud del mecanismo económico utilizado en la producción y distribución de la riqueza, van cayendo en un grado de miseria incompatible con el progreso industrial de nuestro tiempo. No pretendemos decir que las clases trabajadoras caigan en la abyección y la miseria absolutas no; esto sería faltar a la verdad; decimos solamente que la miseria actual que atraviesan es del todo incompatible con el desarrollo económico que los pueblos van alcanzando.

Y ante la evidencia del hecho señalado, se plantea a todos los hombres, sea cual sea su lugar en la sociedad, el dilema de modificar este mecanismo económico que utilizamos. ¿En qué sentido? ¿Hacia la derecha, hacia la izquierda, imprimiéndole la dirección que quieren los rojos o la de los blancos?

Lo primero que cabe afirmar es que hay que transformarlo. Reconocida la necesidad en virtud de las dificultades que cada día ofrece su funcionamiento, sólo nos queda la obligación de estudiar en qué sentido hemos de modificarlo. La elección sin embargo, es difícil.

Cuando se impone a los pueblos la necesidad de modificar instrumentos de convivencia social tan importantes y delicados como lo es actualmente el instrumento económico que sirve para producir y distribuir la riqueza producida, hay que tantear bien el terreno antes de lanzarse a la aventura, porque toda improvisación es peligrosa.

Sin embargo, en el caso de ahora, ya hay una orientación que puede servirnos a todos de regla.

Tenemos, en primer lugar, el resultado de las elecciones francesas. Este es muy significativo. Y si bien es cierto que como contrapartida pueden citárenos los casos de Inglaterra y Alemania en sentido contrario al que señala el caso francés, la importancia de esos dos casos es muy relativa, puesto que, si se han producido tan acusados en este momento, son lisa y llanamente la última acometida de las tendencias derechistas que predominan estos últimos años.

Hay infinidad de hechos que confirman nuestro aserto. Sin embargo, nos remitimos al tiempo.

Tomado, pues, en su valor real el resultado de las elecciones francesas, marca éste un avance hacia la izquierda, hacia soluciones radicales, hacia fórmulas que indefectiblemente han de ser lo contrario de lo que han sido las seguidas hasta hoy.

Por otra parte, nos interesa decir que el examinar el resultado de las elecciones francesas desde el punto de vista que nosotros lo hacemos, no es porque creamos que ya los actuales gobernantes van a tomar el camino que, según nuestro modo de ver, señala la opinión francesa; no tenemos porqué suponerlo ni porqué dudarle. Se comprenderá fácilmente que nuestra visión es puramente, totalmente objetiva, y que la subjetividad en este caso juega un papel secundario en absoluto.

Nosotros vemos el momento actual de la opinión francesa como un síntoma, como una manifestación del más alto valor moral; diremos más bien como una revelación para el futuro. Así la vemos y así la exponemos.

Los pueblos tienen necesidad imperiosa de avanzar si quieren hallar solución a los problemas que tienen planteados. De lo que han tenido antes y de lo que tienen hoy saben ya los resultados. Y éstos, francamente hablando, no son lo halagadores que debieran ser.

Señalábamos más arriba el caso de la crítica situación económica que el mundo atraviesa. No nos explicamos, ni nadie nos lo explica tampoco, esta paradoja de que, mientras más se produce, más difícil se hace la vida para multitud de seres. Las causas fundamentales de esta dificultad las atribuimos a las deficiencias y vicios de origen del régimen presente. Y como nosotros se las atribuimos, también se las atribuyen los demás. Las críticas son generales. Lo que quiere decir que el mal existe.

Por lo mismo, no es retrocediendo ni manteniendo lo actual como pueden corregirse defectos que sólo a esa causa se deben. Hay que cambiar de tono. Y cambiar de tono en este sentido quiere decir avanzar, marchar hacia adelante, pues sólo así, buceando en el futuro, llegaremos adonde las ansias de mejoramiento social impulsan a los pueblos que ansían superarse.

Angel PESTAÑA

elementos revolucionarios, preparaban el «golpe» de acuerdo con los emigrados de Francia. Fracasó el movimiento que debía hacerse en mitad de la calle con hombres y fusiles; pero Rodrigo Soriano lo intentó llevar a cabo en el Congreso con palabras y hechos.

Los hechos eran los nueve abultados volúmenes del proceso de Ferrer y las palabras tan sólo las indispensables para preguntar a la Cámara, si había algún diputado en ella capaz de leerse todo aquello en veinticuatro horas. Todos los diputados contestaron negati-

vamente. Esto demostraba que a Ferrer se le había asesinado, sin siquiera leer el proceso, puesto que aquellos nueve tomos que el señor Soriano ostentaba en su escaño, no había nadie capaz de leerlos en veinticuatro horas, y esas fueron las que se le dieron de plazo

a su defensor señor Galcerán, para que lo hiciera. Y el crimen cometido con Ferrer por la monarquía, tomó estado de conciencia en toda la nación, poniendo en un serio aprieto al régimen.

Amadeo de la FUENTE

CUALQUIER TIEMPO PASADO FUE PEOR

CALDERILLA, ALAMARES Y TRABUCOS

EL dinero anda escaso. No ve más oro el pueblo que el de los trajes de corte, los uniformes, los alamares y recamados de las chaquetas y «taleguillas» de la torería.

Una de las representaciones elevadas a Fernando dice: «Los gastos del Estado exceden en tal calidad a los productos de las rentas que ha sido preciso echar mano de los fondos particulares, arruinando los establecimientos mercantiles». Se le ocurrió a las Cortes el aplicar como garantía a los «vales reales» los bienes de la suprimida «Inquisición». A pesar de lo irreverente del arbitrio, la cosa no parecía ir mal. Los «vales» subían. Debíó ser cosa del diablo que allana siempre el sendero del infierno a los que se desvían del camino real de la gracia por la trocha del mal. Pero al restablecerse el Gobierno absoluto, por intervención de Angulema y sus celestiales tropas, y ser restituídas las propiedades al Santo Oficio, falta la Hacienda de tan nefando puntal, el papel nacional se vino abajo. Providencial confirmación de la ineficacia y de los peligros que entraña el buscar remedio a los conflictos económicos profanos con medicinas que a toda conciencia piadosa repugnan.

La deuda, al fin y al cabo, no ascendía más que a «catorce mil doscientos diez y nueve millones», y como había que pagar de «réditos doscientos treinta y cinco», la cosa no resultaba tan ruinosa como pudiera parecer a primera vista. Con un poco de economía, no construyendo carreteras, ni atendiendo la Instrucción Pública, ni manteniendo Ejército, ni adquiriendo marina la administración iba como sobre ruedas.

Fijando en cuatrocientos cincuenta millones el presupuesto—vamos al decir, cuatrocientos porque el pico era intangible por estar destinado a la Casa Real—España se arreglaba a lo pobre. No estaban los tiempos para pedir «cotufas en el golfo», y, a lo primero que había que atender era a restablecer la paz de los espíritus conturbados por aquellas innovaciones diabólicas de Constituciones y derechos del pueblo.

No se crea por ello que no disfrutaba el país de espectáculos, además del de las eje-

cuciones en que solazar el ánimo. No llegaba a tanto la miseria que privara al pueblo gozar e interesarse con aquella rivalidad apasionante entre Jerónimo, José, Cándido y el «señor» Pedro Romero, los dos directores preclaros de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla.

Sobraba, por lo regular, el suceso sensacional que de manera honesta distrajesse la atención pública; unas veces el secuestro de una señora arrancada del brazo de su marido en una noche que celebraban

venta en venta, de parador en parador y de cuadrilla de bandoleros en compañía de bandidos siguiendo las rutas absurdas y cansinas de la geografía de Antillón, no seducían a nuestros abuelos.

Preferían que les refiriesen, sentados a la mesa camilla mientras asaban castañas, la última hazafia de Diego Corrientes, el bandolero aristocrático de gran partido entre las bellas, o las travesuras del ladrón urbano Luis Candelas, o las majezas del Tempranillo

trazados los bandoleros — que a llevarlos con dignidad allá se iban con los desnudados — en las mismas narices de las autoridades civiles y militares de Córdoba, de Granada o de Sevilla, robaban alhajas, «pelucanas» o caballos, dejando tras de ellos a la hora de la huida un rastro de cadáveres merced a la pólvora y las balas de las fábricas reales de la Nora, del Fargue, o de la Maestranza.

Enamorados, compasivos y creyentes los caballistas lo mismo le afanaba la hija a un alcalde mayor, que distribuían las onzas de un oidor de Indias a los cortijeros míseros y gañanes famélicos (obra pía que tenía como primera consecuencia convertirlos a todos en encubridores); que regalaban a la Macarena de Sevilla o a las Angustias de Granada o a la Arijaca de Murcia una corona o un manto cuajados de pedrería desmontada de las sortijas, zarcillos, y leontinas conseguidas mediante el convincente procedimiento del trabuco al costado.

Mas como el entusiasmo por lo novelesco — ya que no por lo extraordinario porque no había día que no ocurriese algo parecido — no arrancaba del espíritu de nuestros mayores el sentimiento de justicia, también alababan las medidas adoptadas por S. M. el Rey para terminar con tal estado de cosas y restablecer la seguridad personal en las pocas carreteras que iban subsistiendo. Se hacía lo que se podía. Ya se enviaban dos coroneles del ejército a pactar en plena serranía con José María el «Tempranillo» para que mediante una pensión de «dos reales diarios» y una credencial de guarda permitiera circular incólumes las diligencias por sus dominios. Ora se llegaba a un acuerdo con Corrientes el «Rayo de Andalucía», gracias un bien combinado y moral servicio de pasaportes solicitados y pagados por los viajeros, con la intervención de las autoridades, para no ser desvalijados o muertos a la voz de «¡abajo tío el mundo!».

Pero todo aquel pintoresquismo castizo al ser sometido al laboreo de ministros juncales (a lo Romero Robledo) vino a parar en la solera fina de los mufidores en elecciones rura- (Termina en la página 37)



«la primera verbena que Dios envía — la de San Antonio de la Florida»; otras la violación de una dama arrastrada desde la puerta de una casa hasta el cerrillo de San Blas. Un día eran los frailes de San Basilio los que asesinaban al prior; por pequeñas diferencias escolásticas debíó ser. Tampoco se carecía de algún que otro ahorcamiento por delitos ajenos a la política: por ejemplo; la ejecución de un fraile asesino de la mujer con quien sostenía relaciones extramuros de los cánones.

Viajar no viajaba mucho la gente. Aquellas calesas y gale- ras aceleradas, peregrinando de

el bandido generoso, o las terribles luchas con los miguelotes del atravesado Jaime el Barbudo o las audaces empresas de aquella honorabilísima sociedad limitada de los «Siete niños de Ecija». Reliquias unos y otros de las aguerridas huestes que defendieron «Santos deberes» durante la guerra de la Independencia.

Cuando menos se pensaba, un corregidor era suspendido en sus funciones por obra y gracia de un trabucazo naranjero.

Unos miguelotes eran despojados de sus uniformes bajo la amenaza de los «encares» de los caballistas. Uniformes con los que horas más tardes dis-



en el mentidero

LOS HIJOS LEGITIMOS E ILEGITIMOS

El curita diputado Gómez Roji arremetió, días pasados, en la Cámara, contra el ministro de Justicia, por su disposición reciente relativa a la inscripción en el registro civil de los hijos legítimos e ilegítimos, sin que nadie le prestara atención.

Y como persistiera en este tema con un discurso pesado como el plomo, un diputado de la minoría radical socialista comentó, malhumorado:

—¡Ya podía callarse! ¿Qué le importará al padre este lote de los hijos legítimos e ilegítimos, si él no los tiene?

Y Pérez Madrigal, volviéndose, rápido, le contestó:

—¡Que te crees tú eso!...

UNA IDEICA DE ROYO VILLANOVA

Por cierto que el día que se discutió esta ley, el señor Royo Villanova, en los pasillos de la Cámara, se aproximó al ministro de Justicia para decirle que en ciertos sectores de la opinión no había sentado muy bien esta disposición.

—Pues quien así piense es inhumano—le contestó el señor Albornoz—. Los seres no piden la vida, se la dan otros seres, y es doloroso que el que nace fuera del matrimonio legal, al circular por la vida le pregunten o le señalen como legítimo o ilegítimo.

Y Royo Villanova, metiéndose los dedos en el bolsillo derecho del chaleco, sacó dos duros que acababan de rechazarle en un estanco por sevillanos, y, mostrándoselos al ministro, le dijo con su cazurrería baturra:

—¿Le parece a usted bien que lleve estos dos duros al registro civil?

HOMENAJE EN PUERTA

En el café de Castilla, mentidero de gente de teatro y de pluma—periodistas, no indios—, se comentaba favorablemente el acuerdo del Gobierno de rebajar a las empresas el 50 % de los impuestos teatrales.

—Pues ya tenemos otro banquete en puerta—dijo un parroquiano que asiste a los teatros, pero pagando siempre.

—¿Otro homenaje?—preguntó un autor—. ¿Y a quién?

—Al ministro de Hacienda, por el gremio de fabricantes de churros.

UNA RECTIFICACION DEL SEÑOR CASARES

Como nuestros lectores saben, el Gobierno dispuso que ese pobre necio de doctor Albiñana fuera deportado a las Hurdes, a fin de que pase una buena temporada en familia.

El día que se tomó este acuerdo, el ministro de la Gobernación, señor Casares Quiroga, dijo a los periodistas:

—Era ya verdaderamente intolerable la actitud de este señor. En los recursos de defensa, por ser precisamente de defensa, se deja a sus autores que expresen su protesta en los términos que quieran; pero de esa expansión, que puede ser tolerable, al conjunto de groserías e injurias que en su escrito hace el doctor Albiñana, media un abismo, y por eso, y en cumplimiento de la ley de Defensa de la República, me he visto en la necesidad de deportarle por una temporada a ese pueblecito de las Hurdes, donde, empleando su ciencia, puede ser más útil a la humanidad que haciendo una mal llamada política.

Y uno de los reporteros, con el espanto pintado en el rostro, hizo esta observación:

—Pero, ¿es que quiere el señor ministro que Albiñana recete a los pobres hurdanos?

Y el señor Casares Quiroga se quedó un momento suspenso, y, reflexionando el alcance humanitario de la observación del periodista, murmuró:

—¡Es verdad!... Sí; preferible es que siga en su mala política.

UNA PREGUNTA DEL SEÑOR ALBORNOZ

El día que se tuvo noticias de la fuga de Rada y demás reclusos del presidio de la capital gaditana, la dimitida directora general de Prisiones, doña Victoria Kent, subió a despachar con el ministro del departamento.

Y a cada asunto que le ponía a la firma, el señor Albornoz contestaba invariable y rutinariamente:

—¡Bien, bien!

Y como la directora, al terminar el despacho, se dispusiera a salir sin hacer mención de lo ocurrido en el penal, se quedó mirándola unos segundos fijamente, preguntándole:

—¿Qué pasa en Cádiz?

J. L. B.

El plumero indiscreto



AHORA han sido los zorros los que se han disfrazado con la piel de león.

No es cosa frecuente. Sucede en más ocasiones lo afecte apacibilidad cuando se afecte apasibilidad cuando se poseen hábitos feroces. Sin embargo, alguna que otra vez ha ocurrido tal anomalía.

Creyó, sin duda, la raposa que la República, como terna niña que es, de poco más de un año, en cuanto divi-

sara la pelambreira apolillada del rey de la selva, había de salir corriendo, empavorecida o bien hecha un ovillo, bajo el ramaje del simbólico árbol de la Libertad y rompería en amargo llanto pidiendo clemencia a los del hopo.

Aristócratas y danzantes, damas de Estropajosa y clérigos, logreros agiotistas y frailes, niños y niñas entusiasmados del "verde" bajo todas sus formas, a todos se os ha visto el atributo sabiamente colocado por la naturaleza para que se os clasifique social y políticamente y os siga a modo de estela denunciadora de vuestras sigilosas tra-pacerías: el plumero.

Los comunistas no gastan plumero. Por llevarlo vosotros os ha conocido la pública opinión.

Amputároslo y quedando, una vez hecho esto, completamente ralos de cuerpo, como lo estáis de sentido común, os hallaréis en condiciones de conseguir un éxito transitorio, que, al fin y al cabo, unos minutos de ilusión sí que os los merecéis..., aunque no sea más que por el dinero que os cuesta.

EL LICENCIADO PARDILLO

EN COLUMNA DE A UNO



EL JALIFA

HÉ aquí a S. A. I. Mu-
ley Hassan, jalifa de
Tetuán, huésped de España
estos días.

Con su augusta asistencia,
en la Alhambra de Grana-
da se ha descubierto una
lápida de homenaje a Al-
hamar, su lejano ascendien-
te, fundador del alcázar de
marayilla.

Un día, allá en su «ciu-
dad de los ojos bellos», Mu-
ley Hassan recibió la visi-
ta de un señor y una seño-
ra que decían llevar la re-
presentación de España,
porque se titulaban monar-
cas españoles.

España estaba ausente de
aquellos protocolos, pero no
lo ha estado ahora, al re-
cibir, con no mentido afec-
to, al primer ciudadano in-
dígena de Tetuán, que ha
recorrido a placer campos,
ciudad y monumentos,
siendo en todas partes re-
cibido cordialmente, con la
misma llana cordialidad que
puso el Presidente de la
República al recibirle.

La juventud del príncipe
moro va del brazo de su
prudencia. Joven y pruden-
te, no ha venido a España
hasta ahora. Ha hecho bien.
Antes de ahora—antes de
la República—, estaba nues-
tra España... «intransita-
ble».

Sobremesas

CARTA A ROYO VILLANOVA

Muy inexplicable señor mío:

Comenzaré la presente misiva por hacer un comentario que podría ser titulado así: "Filosofía de la protesta contra la dictadura de Primo de Rivera".

Su señoría, señor Royo, sabe, por lo menos, tan bien como yo, que Filosofía es la ciencia que busca el último porqué ("postremum quia") de las cosas. De acuerdo con esta definición, tendríamos que, en el comentario de referencia, se estudiaría, se buscaría el último porqué de las campañas antiprimorriveristas. Y, como quiera que hemos dicho "las campañas", hemos de tratar también en plural aquel "porqué" de ellas. O sea: hemos de tratar de sus "porqués".

Tratemos.

Y tratemos, ya que no tenemos tiempo para más, de dos de ellos.

El primero es, o fué, el liberalismo innato de los verdaderos liberales. Los verdaderos liberales de España fueron contra la dictadura primorriverista por ser eso, dictadura.

El segundo, el segundo "porqué", es, o fué, asimismo, el antiliberalismo de algunos ciudadanos, como su señoría, por ejemplo. Estos ciudadanos fueron contra la dictadura primorriverista, no por dictadura, ni por primorriverista siquiera, sino por las "cosas" que Primo de Rivera hizo; cosas como, por ejemplo, aquello de guerrear contra don Santiago Alba. (¿Comprende su señoría, señor Royo, catedrático en Valladolid?)

Bien; pero, ¿a qué viene todo esto? ¡Ah! Pues es sencillo.

Esto viene a que interesa conocer la Filosofía, el porqué, la causa de muchas cosas, para enjuiciar después, con acierto, sus efectos. Sí, sí. Interesa que cuando un señor venga a decirnos: "Yo combati los siete años indignos", sepamos si los combatió por indignos, y es un liberal, o los combatió por dignos—de él—, en cuyo caso ¡no hay más que hablar, señor Royo!, se trata de algún agrario.

Y, después de comenzar por esto, voy a terminar por decir a su señoría algo que sin duda ignora. Y es que de las pocas cosas que no pueden tomar estado parlamentario, una de ellas es el "chascarrillo", y otra la bufonería, como supremo recurso.

Nada más.

El horizonte sea de la Juventud. Amén.

HELIOS CRAS

La Canción del Día

NO ES EL LEÓN, COMO LO
PINTAN

Llévese hoy este «laudo»

Manolo Azaña,

el mejor elbujano

que asistió a España;

el más experto y firme

de cuantos vi,

manejando las pinzas

y el bisturí.

Llévese hoy estas «rimas»

el gran Manolo,

que ha dicho a los «patriotas»:

¡Tomad vitriolo!

(La verdad: falta hacía

tal solución:

teníamos empacho

de tradición.)

Llévese hoy estos «rípios»

el sin igual;

el que ha salvado el nombre
de «Intelectual»,
nombre que en nuestro pueblo
de alta bona, significaba casi
«mala persona».

Llévese hoy, mis «acordes»,
el Estadista,

que, aunque lleva cristales,

tiene más vista

que todos esos lincees

de «El Imparcial»,

que aún ven a España oculta

tras lo ancestral.

Y aprendan los agrarios
y sus afines

a olvidar la melena

del «León» fiero...

¡Aquel León, ilustres

maja! Indrines,

va por el siglo XX

rapado al cero!

EL LOCO CANTOR

EN COLUMNA DE A UNO



DON RAMÓN

PERO... ¿este es don Ra-
món? Sí, señor: este es
don Ramón. Don Ramón «es
siempre veinte años más
joven», por lo cual, su re-
trato más exacto en el pre-
sente—en cada «presente»—
será aquel que fué tomado
veinte años atrás.

Joven, no obstante sus ya
nevadas barbas—sus barbas
de los imprudentes retra-
tos de hoy—, su nombre no
abandona el primer plano
de la actualidad, en cierto
modo política, y en todos
los modos literaria.

Ahora, un grupo de ate-
neístas madrileños, ha pre-
sentado su candidatura a
la Presidencia de la docta
casa, vacante por cese re-
glamentario de Manuel Aza-
ña. Y ha resultado elegido,
por una gran mayoría.

Ceceante y magnífico,
Valle Inclán será la con-
trapartida del mandato
presidencial de Azaña, es-
pejo de medida, de ponde-
ración, de eficacia.

Y no quiere decir que
don Ramón no pueda rea-
lizar una obra eficaz. Posi-
blemente, no realizará obra
ninguna. Porque, incapaz
de «desdoblarse», no sabrá
ser nunca el presidente, si-
no don Ramón. Un don Ra-
món tonante, que dirá co-
sas terribles.

Aunque la verdad es que,
para decir cosas terribles,
no necesita de presidencias
el autor de «Tirano Banderas», cada día menos autor
de las «Sonatas»...

NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD MADRILEÑA

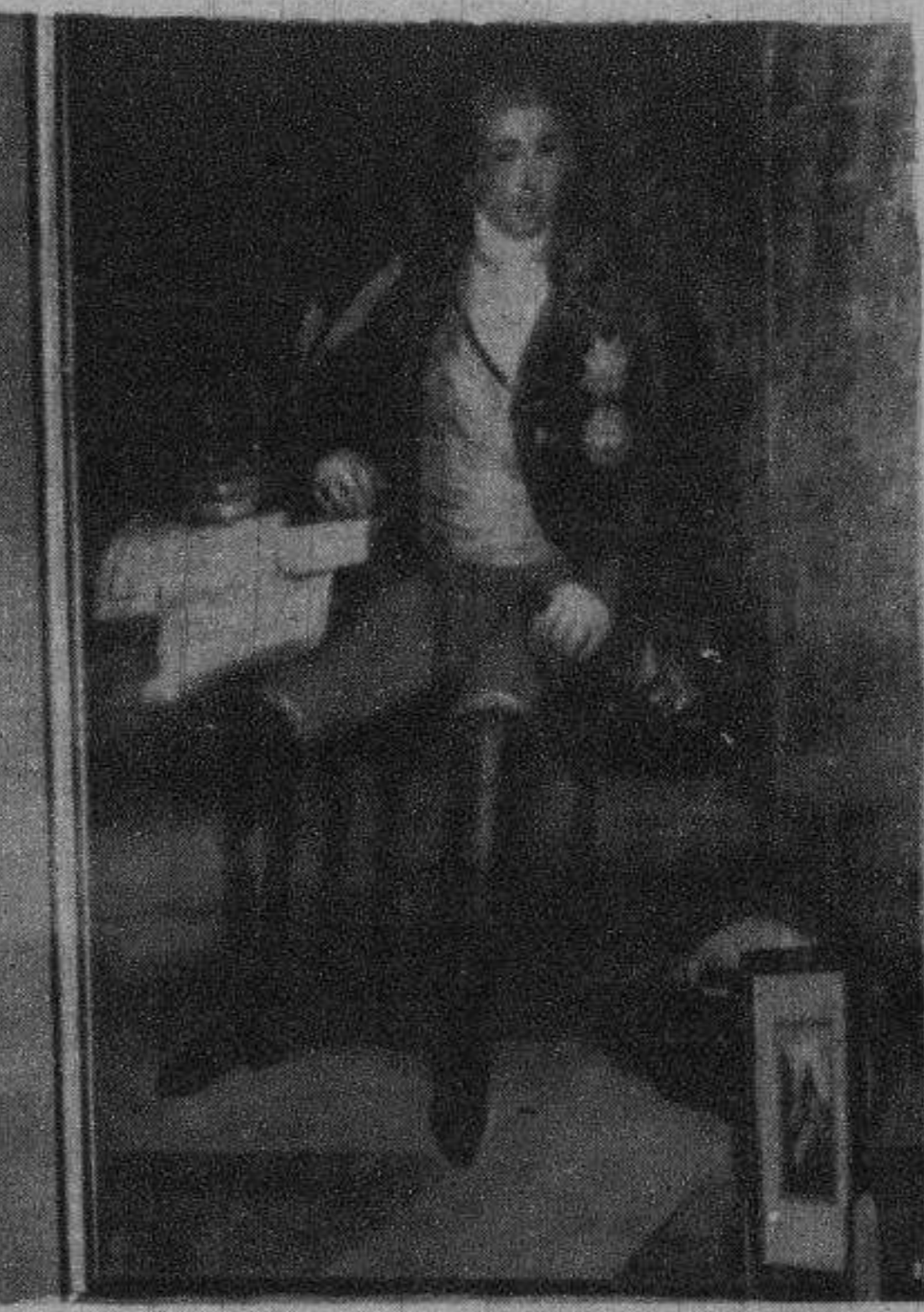


Con motivo de la conmemoración del «Memorial Day» y por iniciativa del «Luncheon Club», la colonia norteamericana ha depositado una corona de flores, en el monumento a la memoria de las víctimas españolas de las guerras coloniales. El coronel Ross, presidente del «Luncheon Club», pronunciando un discurso, durante el acto. — (Fot. Vidal)

EN EL PALACIO DEL SENADO. — INAUGURACION DEL CONGRESO NACIONAL DE ABOGADOS, BAJO LA PRESIDENCIA DEL SEÑOR ALCALA ZAMORA (Fots. Vidal)



El Presidente de la República señor Alcalá Zamora, inaugurando la interesante Exposición de cuadros de artistas influenciados por G. — (Fot. Vidal)



En el Congreso de los Diputados. El presidente del Consejo, señor Azaña, con los señores Companys y Nicolau D'Olwer, otros parlamentarios y varios periodistas, al salir del Salón de Sesiones, después de pronunciar el discurso en que fijó la posición del Gobierno ante el Estatuto de Cataluña. — (Fot. Vidal)



El Presidente de la República, al llegar al Senado



La sesión inaugural



Grupo de asistentes al banquete con que el Gobierno obsequió al Jalifa de Tetuán, en el Palacio de la Presidencia del Consejo. — (Fot. Piortiz)



La elección de Presidente de la Academia de Jurisprudencia. — El presidente de la Diputación, señor Salazar Alonso, emitiendo su sufragio. — (Ft. Piortiz)

IN MEMORIAM

EL DOCTOR DON JAIME QUERALTO, HOMBRE DE
ESPIRITU LIBERAL, HUMANO Y PROGRESIVO

El doctor don Jaime Queraltó, en los días en que luchaba contra el fanatismo de algunos médicos del «Patronato de la Lucha Antituberculosa»

ALGUNOS periódicos—contados—han publicado la noticia, muy breve, del fallecimiento del doctor don Jaime Queraltó.

Aun cuando hace unos cuantos años que no le veía, ni sabía nada de él, pues estaba, al parecer, retraído de toda actividad pública, dedicándose por completo al ejercicio de su profesión, me ha sorprendido tal noticia y me ha producido profundo sentimiento la muerte de aquel hombre bueno, comprensivo y generoso.

Conocí al doctor Queraltó al mediar el año 1911, con motivo de la campaña por él iniciada y sostenida con fe y con tesón, valientemente, contra el Patronato de la Lucha Antituberculosa. Era el doctor Queraltó un espíritu liberal, esencialmente liberal, abierto y cordialmente humano. Era, además, un fervoroso amante de Cataluña. En aquellos días, algunos médicos del citado Patronato, fanáticos e intolerantes, olvidando el exacto y concreto cumplimiento de su misión, de las obligaciones de su sacerdocio, se extralimitaban reiteradamente, pretendiendo curar, no los males del cuerpo de los enfermos que iban a parar a aquella institución, que esto, al fin y al cabo, era lo que les competía y lo que debían hacer, sino lo que ellos calificaban de males del alma,

torturando, a tal efecto, la conciencia de los mismos; lo que hay más sagrado en el hombre, la libertad de conciencia, la libertad de pensar, el fuero de sus ideas y conciencias. Y el doctor Queraltó, ante semejantes anomalías, ante semejantes atropellos, ante tales ignominias, levantó su voz noble y recia, denunciando el intolerable proceder de aquellos médicos, que por el detalle de aquel hecho, ni siquiera consideraba compañeros suyos, y llevó a cabo una campaña, tenaz y entusiasta, en la Prensa y mediante conferencias que desarrolló en Barcelona y en todo Cataluña, campaña que tuvo la virtud de despertar la atención de los hombres liberales y progresivos, que se pusieron a su lado, aunque no en el número e interés que la importancia del asunto merecía; pero que también le valió un proceso y muchas molestias y persecuciones.

Y en aquellos días, uno de los que estaban completamente al servicio del doctor Queraltó era Seguí, el «noi del Sucre». Este, que no tenía trabajo en su oficio de pintor, fué a ver, como solía hacer, al bueno del doctor, e identificado con sus ideas y sentimientos liberales y de humanidad, se puso a sus órdenes y realizó con verdadera diligencia y satisfacción la mayor parte del aspecto material de aquella famosa campaña, tan merecedora de recordación y que nunca se agradecerá bastante.

Recuerdo todavía, como si no hubieran pasado veinte años, los cálidos y vibrantes parlamentos del doctor Queraltó, en prestigio de la Ciencia, de la Humanidad y del Progreso, en las conferencias y actos que organizaba a propósito de dicha campaña, y sus amenas, cordiales y efusivas charlas íntimas, en su piso-despacho de la «Pedrera», del Paseo de Gracia. Y no he olvidado, tampoco, las palabras de elogio que diferentes veces me hizo de Seguí, al que calificaba, so-

bre todo, «de buen muchacho, muy inteligente y de excelentes sentimientos».

**

Pasó aquella campaña. Transcurrieron los meses y los años, y el doctor Queraltó, que tuvo decepciones y desengaños, y que pudo comprobar que no en todos los que se denominaban liberales estaban arraigados suficientemente tales ideales, se quedó en su casa, y se dedicó exclusivamente a sus enfermos y a sus estudios, rindiendo, no obstante, culto, íntimamente, a las ideas de libertad, justicia y progreso, que constituyeron la obsesión de toda su vida.

Y ahora, al cabo de los años, inesperadamente, llega la sorpresa de su muerte. Y

aparece la noticia de ella cuando no se puede rendir el último tributo a sus restos, porque los cubre ya, amorosa, la madre tierra.

El doctor Queraltó, hombre de firmes convicciones, de reconocida valía y de una modestia sincera, hasta el mismo instante de su muerte ha tenido la entereza y el concepto de la dignidad que tuvo siempre. Y fué su última voluntad que no se hiciera público su enterramiento sino después de haberse efectuado. ¡Qué contraste con la hipocresía del ambiente y con las pueriles vanidades de los que, presumiendo de talento y de inteligencia, tienen el meollo de corcho!

José GAYA PICON.

La asamblea nacional de ciegos

Cómo ha sido visto por la
Prensa y en Gobernación

CADA vez que se organiza un acto corporativo relacionado con el problema de la ceguera, se produce en el ánimo de los privados de la vista una sensación de optimismo, una esperanza redentora, un consuelo a su tragedia interminable, pero la realidad se encarga de destruirlo todo.

Teóricamente, todo el mundo se compadece de los ciegos y tiene para ellos palabras de conmiseración; pero en la práctica, nada se realiza en beneficio o provecho de los indefensos ciudadanos, que, siendo útiles para algo, no se les aprovecha para nada y encima se les niega el auxilio material de una dádiva benéfica o de la caridad cristiana.

La Prensa ilumina sus columnas de vez en cuando con artículos saturados de humanidad en favor de los ciegos, pero generalmente todo se reduce al desarrollo de un tema social convertido en expansión literaria. Y así transcurren los años sin que las soluciones que se aplican al problema de los no videntes pasen de ser paliativos estériles para toda finalidad cultural o pedagógica.

Ahora mismo se ha celebrado durante los días 19, 20, 21 y 22 de abril último, en Madrid, una asamblea nacional, a la que concurrieron los delegados provinciales de la Federación Nacional de Ciegos Españoles y los representantes de todas las instituciones de ciegos o para ciegos existentes en España. En dicha asamblea se aprobaron ponencias interesantes relacionadas con la enseñanza general de los ciegos, con la organización de los trabajos accesibles a los ciegos, con las leyes protectoras del trabajo, con tarifas de favor y exenciones, con la creación de una gran Editorial Braille, con la organización de un Centro Nacional de información de asuntos tiflológicos y con la formación de una estadística de todos los ciegos existentes en España y organización de actividades nacionales sobre la prevención de la ceguera. Además, fueron aprobadas proposiciones importantes, entre las cuales figuraba una, solicitando de todos los periódicos de España un lugar en sus páginas para con-

EL VERBO DE LA REPUBLICA

EL discurso del presidente del Consejo para fijar la posición del Gobierno con respecto al Estatuto, ha sido como inexpugnable atalaya interpuesta entre tirios y troyanos. Es decir; entre los que pretenden reducir a una mínima forma autonómico-administrativa las aspiraciones de Cataluña y los que quieren la integridad estatal del voto de los señores Xirau y Lluhi.

Con habilidad de tribuno ciceroniano, supo el señor Azaña buscar coincidencias, sin mostrar que las había, a puntos determinados de la doctrina históricopolítica que expusiera el señor Ortega y Gasset y, a una parte, de la crítica jurídica que hizo del dictamen de la Comisión el señor Sánchez Román.

También reconoció el presidente del Consejo que el jefe de los radicales había hecho un discurso digno de encomio y gratitud, porque con él ha prestado un innegable servicio a la República, en cuanto que ha pospuesto el interés propio y el de su partido, a fin de dejar libre, sin obstáculo alguno republicano, la acción de la mayoría parlamentaria y el Gobierno, con respecto al Estatuto. Claro es, suponemos nosotros, que no sin cierta violencia de criterio, dada la antigua significación del señor Lerroux.

Es portentosamente admirable el caso del señor Azaña. Sin haber pertenecido nunca a ningunas Cortes, ni haber actuado, asiduamente, como político, en organizaciones de partido, al desempeñar en los primeros graves momentos de la instauración del régimen vigente el difícil cargo de ministro de la Guerra, empezó a silueta su figura y a destacar su carácter, al extremo de que todas las miradas iban fijando en él y todas las voluntades aunándose a la suya, como si la opinión, en su secreto instinto de percibir los nuevos valores, viese en el señor Azaña al presunto estadista y al verbo ecuánime de la democracia y la República.

La presunción se ha concretado y hecho carne y energía y templanza, acción y propósito, ideología y practicismo, pureza de espíritu y de juicio para encauzar los actos todos de gobierno. Y esto no podía por menos de ser así, ya que pertenece, por consanguinidad y nacimiento, a la estirpe de una raza que, afirmando sus raíces como árbol

tribuir a la obra de justicia social, acogiendo cuantos artículos les remitan los defensores de los privados de luz, ya que la acción de la Prensa en favor de los ciegos es sólo circunstancial y muy espaciada por silencios desprovistos de mala voluntad, pero de lamentables efectos.

La trascendencia de las cuestiones políticas que el cambio de régimen ha planteado: la República, ha eclipsado el interés de la asamblea nacional de ciegos. La misma Prensa no ha prestado a sus deliberaciones la información necesaria para que llegaran a conocimiento de la opinión pública las demandas que los asambleístas formularon para favorecer a tantos miles de desdichados.

Por parte del Gobierno tampoco se ha prestado a esa asamblea la merecida atención. No hay que olvidar la existencia de un Patronato nacional. Este organismo depende del ministerio de la Gobernación. El ministro es su presidente nato. Pues bien, a la asamblea no asistió para inaugurarla o para clausurarla el señor Casares Quiroga. Se dirá que la situación de España absorbe todas sus actividades para el afianzamiento de la tranquilidad pública. A eso hay que replicar que el ministro pudo estar representado por cualquiera de los funcionarios del ministerio, si es que se hubiese querido producir en la conciencia de los asambleístas que representaban a tantos millares de ciegos españoles, la sensación de que en las esferas gubernamentales se recogían los clamores serenos y respetuosos de los que, viéndose azotados la mayoría por la miseria más espantosa, no son motivo ni causa de perturbación pública.

Tal vez por esto, porque los ciegos no pueden perturbar el orden ni constituyen elemento de explotación política, no se les quiere ver tal como se encuentran ni se les quiere oír en sus razonadas peticiones.

Lorenzo PAHISA

secular en las tierras de Castilla, creció prepotente y dió a España y al mundo un Alfonso X (el Sabio); un Cisneros y un conde de Aranda; frutos inmarcesibles en el orden del derecho y de la política.

A qué rememorar la historia de los siglos XVI y XVII, si en ella fulge esplendente, como haces luminicos del genio patrio, la más variada gama de preclaros varones, que fueron asombro de Europa y que, al alumbrar la mente de Europa, prodigaron la semilla de su sabiduría, de su comprensión, de su hidalguía, gentileza y heroísmo.

Tierra, la de Castilla, de hombres sobrios y sedentarios, por lo común; refractarios al sensualismo; que rehuyen lo dinámico, por entender que la movilidad acelerada no es creadora, sino una simple acción de reflejo medular; estirpe cuya característica (en el transcurso de los siglos) es, la ideación y creación de normas y conceptos, de principios y postulados que se elevaron a la categoría de Ciencia o de maravillosas formaciones literarias y artísticas, y engendradora, a la vez, de brotes juristas que promulgan un Fuero Juzgo y unas Leyes de Indias, colosal monumento jurídico, del cual extrajeron copias, de superpuestas hieladas, Holanda e Inglaterra, para la gobernación de sus fecundas y extensas colonias.

El presidente del Consejo, con la serenidad del que sabe lo que dice y dice lo que piensa y siente, fué poniendo reparos al dictamen de la Comisión, los cuales reparos debieron ser para la minoría catalana como gotas de agua fría que amenazarán un tanto el fervor que sintieran por el señor Azaña.

De las Cortes saldrá el Estatuto, que, a nuestro juicio, será roca viva sobre dura base y que, como un monumento megalítico, nos recuerde pasadas edades y libertades truncadas como las germanias de Valencia, las libertades de Cataluña, los fueros de Aragón, Navarra y Vasconia, y las Comunidades de Castilla, monumento del que los demás regiones de los pueblos peninsulares tomarán su traza.

España, pues, volverá a ser grande, porque merece serlo, porque no ha agotado aún la cantera de sus hombres, porque en todos y en cada uno de sus valles, de sus montañas y aun de sus eriales y yermos, germinan y florecen y alzan al aire, con orgullo, sus tallos, que se cimbrean al soplo de una positiva esperanza, las florecillas silvestres de rojas amapolas, que, entre el verdinegro de las multitudes ciudadanas, muestran sus encendidos anhelos y el cáliz de sus afanes.

Tierra de promisión será la nuestra; tierra de una ecuánime libertad (nunca de normas soviéticas) que sirva de ejemplo y enseñanza, como en pasados siglos, a los hoy soberbios pueblos extranjeros que por sólo su actividad industrial tiénense por prepotentes, sin advertir que esa modalidad es movable según las épocas en que se produce y los Estados en los cuales encarna.

Ricardo GARCIA PRIETO

— INSERTE SUS
ANUNCIOS EN

LA CALLE

Y PROGRESARA
SU COMERCIO

PARIS-LA CALLE

HERRIOT - APOTEOSIS

YO tengo en París un confidente íntimo: el dueño del bar en el que, con gran asombro de los frecuentadores de taburetes, bebo mis elegantes copas de café puro. Es decir, sin leche. Que no es lo mismo.

Como el buen barman sabe que me gana la vida—en la que se comprenden mis copas de café—escribiendo en los periódicos, me informa de cuanto puede, porque se figura el infeliz que cuanto más interesante sea mi trabajo, mejor podrá cobrarle, y cuanto mejor lo cobre, más copas de café puedo hacerme servir en el mostrador del bar. Se trata, como puede verse, de un hombre que yace en el más funesto error. Pero así él es dichoso, yo no pierdo nada y ambos vamos viviendo.

El domingo del triunfo electoral de los radicales socialistas, adquirió a mis ojos el dueño de este bar mucha más importancia de la que tenía el sábado. Es de advertir que es lyonés. Paisano de Herriot, el héroe electoral. El renacido. Cuando Herriot revive, como ahora ha revivido, todos los hombres nacidos en Lyon se consideran, con muy justo título, franceses de primera clase.

A pesar de todo, en este barman amigo mío, que por inteligente es muy modesto, apenas si es perceptible tan alta calidad. Eso sí. Desde aquel domingo en que brilló la nueva aurora radical socialista, pone en la bandejita del azúcar que me sirve con el café, cinco terrones en vez de los cuatro que sostuvo durante todo el período conservador. En los tiempos de Laval, los redujo a tres. ¡Ah, Laval!... No podré olvidar nunca los cafés amargos que me costó su permanencia al frente de un Gobierno.

Que Dios le perdone, como yo le perdono.

Por mi parte, es posible que haya llevado demasiado lejos la importancia actual de un lyonés. No sé si lo de ayer fué cosa insuficientemente meditada. El caso es que dije al barman, apenas puso junto a mi primera copa de café cinco terrones de azúcar:

—De usted para mí... Ahora que sin abusar demasiado de la hipérbole puede decirse que es usted casi Gobierno, ¿porqué no me procura una entrevista con Herriot? A un lyonés tan perfecto como usted no creo que vaya a negarle cosa tan sencilla...

Estoy seguro que en un principio pensó decirme:

—¡Hombre! ¡Claro!...

Lo advertí en su gesto y en su involuntaria prosopopeya. Pero quizá pensó él también que era ir demasiado lejos en sus posibilidades de lyonés. Y me dijo:

—¡Hombre! Eso...

En definitiva, y según mi amigo el barman, no es cosa fundamental la presencia de Herriot para que yo le pueda hacer una interviú. Mi confidente le conoce "como si lo hubiera parido".

—Es que usted todavía ignora—me descubre—que hicimos juntos el servicio militar. Fuimos camaradas en el frente. Y conservo mi voto en Lyon para ir allí a votar por él en cuanto hay elecciones. De las municipales y de las otras.

Si es así, en efecto; el barman significa uno de los votos que sirven para mantener al gran político en la Alcaldía de Lyon durante un número de años que no logrará nunca ningún otro alcalde. Sólo algunos municipales del Ayuntamiento de Madrid gozan en sus cargos vitalidad parecida a la de Herriot en el Municipio lyonés.

Para el barman, no tiene duda alguna lo que ha de ocurrir. En cuanto Herriot se haga cargo de la Presidencia del Consejo de ministros, empezará la regeneración de la

política francesa. Ya es sabido que Tardieu y sus secuaces abandonan los cargos con una gran pesadumbre. Pero así lo quiere la voluntad nacional. (Es decir, que yo seguiré disponiendo de cinco terrones de azúcar.)

Flandin, el ministro de Hacienda, al que hace unas semanas quiso comprometer madame Hanau, volverá a ser un hombre insignificante, pero bien vestido. En cuanto a Poincaré, verdadero conductor de todos los gabinetes reaccionarios, principiará sus batallas políticas y financieras contra Herriot y su partido, con la misma tenacidad y la misma violencia que hubo de hacerlo después de la victoria cartelista de hace ocho años. Aquella victoria, que sirvió para que el país conociese de lo que Herriot es capaz, a despecho de todas las conjuras que se logren poner por obra contra él.

Así piensa el barman lyonés. Y así piensan cuantos franceses ven en Herriot el hombre del porvenir.

Pero sobre ellos está la realidad. Y la realidad nos da a conocer que en una República parlamentaria como la francesa, es prácticamente imposible que gobierne un partido único, es decir, sin colaboración de otros que con él constituyan una mayoría potente.

Y he aquí el problema. El partido radical socialista, cuyo título para gobernar es que cuenta en la Cámara con mayor número de diputados que cualquier otro, no puede, por otra parte, hacerlo sin la colaboración de quienes, llegado el momento de una votación, puedan asegurar el triunfo de ella. Es lo mismo que sucede en España.

Ahora bien, a tales fines, o le es necesario a Herriot una alianza con los socialistas (sección francesa de la Internacional Obrera), o con los republicanos de diversos matices. Unidos con los socialistas exclusivamente, formaríase un bloque parlamentario capaz de asegurar las votaciones sin ninguna otra colaboración. Pero los socialistas exigen la realización de un programa mínimo incompatible con el de los radicales socialistas. De no llegar a un acuerdo ambas fracciones, tendrán éstos que aceptar el concurso de los republicanos de más de un matiz. Pero entonces les bastará a los socialistas los votos de la fracción más numerosa para derrotar al Gobierno.

En el fondo, pues, el próximo período parlamentario no será sino una lucha más o menos visible entre los socialistas y los radicales socialistas para tomar sobre ellos las responsabilidades del futuro de Francia. Esta es la única realidad del momento. En el programa mínimo que aspira Blum a imponer a Herriot, figura la reducción de los armamentos y la estatización de industrias. Es decir, dos principios socialrevolucionarios. Pero, en definitiva, quien determinará si el bloque es o no posible es el Congreso que los socialistas han de reunir el día 29. Puede ser un Congreso histórico.

De seguro que Herriot no me hubiera dicho tanto. Además, ahora no es difícil enfrentarse con él. Acaban de ponerse a la venta unas pipas con su efigie tallada en el brezo, que ponen a Herriot al alcance de todos los fumadores de tabaco de hebra.

Por mi parte, hago votos por la perpetuidad de su triunfo. Así conservaré mis cinco terrones de azúcar. La cuestión es que podamos siempre tomar nuestros vasos de café bien azucarados. Lo demás, ¿qué importa?

Ceferino R. AVECILLA

París, 1932.

LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA DIRIJASE
AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA, NUM. 9, 2.º, 2.ª — BARCELONA

EL MUNDO MARCHA

ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

YO, como todo el mundo, tengo muy pocos amigos realmente agradables. Y también como a todo el mundo me favorece con su amistad uno de los hombres más des- acibles de la tierra.

Se trata de un alarmista casi profesional. Estoy seguro de que todos ustedes le conocen. Y si no a éste a otro lo mismo que él. Por eso, no hace al caso el nombre. Todos los alarmistas son iguales. El alarmista como todos los hombres poco gratos nos busca perseverantemente en cuanto dispone de una noticia real o imaginaria, pero desagradable. Sabe interpretar todo de la manera peor. Y en un eventual buen suceso, no advierte si no el anuncio de uno malo generalmente próximo.

Por fortuna se equivoca las más de las veces. Pero él no lo cree. Cuando más supone que no se trata si no de un aplazamiento de cada catástrofe.

Desgraciadamente los tiempos que corren, le son propicios. Pero, a creerle, lo que ocurre en el mundo no es aun nada si se tiene en cuenta lo que ha de ocurrir.

Hace unos días, este implacable amigo mío, mostrábase más regocijado que nunca. Fué a buscarme a mi casa muy temprano para decirme esto:

—¿No sabes? ¡Pues que dentro de unos días todo arreglado! A estas horas viene a toda marcha por el aire un planeta que se nos va a tragar. Me lo acaba de decir un

amigo mío que tiene un telescopio de ¡vaya usted con Dios! ¡Ea! Ahora resulta que la crisis y todos estos horrores que van a dar al traste con la civilización no son nada para lo que está pasando allá arriba. Para que luego digáis que si yo...

Vamos a ser francos... Aunque esté usted resuelto a no creer en el fin del mundo y aunque usted sepa como las gasta su amigo el alarmista, estos casos — ¡qué caray! — le ponen a usted un poco inquieto. Y si usted como yo y como mucha gente, tiene un amigo astrónomo, hace lo que el alarmista con sus amigos: Buscarle. Yo confieso un poco avergonzado que le busqué. A un astrónomo, por lo demás se le encuentra siempre.

Un apretón de manos, un: "¡qué casualidad!" y a caer de cabeza en la astronomía, sin hablar, naturalmente, para nada del fin del mundo. Este es un espectáculo al que los astrónomos deben de temer mucho más que quienes ignoramos terminantemente el cielo, y somos incapaces de circular por la tabla de logaritmos.

Pues bien, mi amigo el astrónomo, confirmó los malos augurios del alarmista. Díjome, que en efecto, un planeta desconocido y minúsculo — su diámetro es poco más grande que el de Barcelona— iba a pasar muy próximo a la Tierra. Una cosa así como nueve millones de kilómetros.

—¡Nueve millones de kilómetros! Dije. Y suspiré con una suficiencia de seguro muy

poco astronómica. Luego ahogado por una gran carcajada repetí:

—¡Nueve millones de kilómetros!

Pero no puede cerrar mi carcajada con el mismo acento de hombre que se tranquiliza con que la hube de abrir. Porque el astrónomo, dijo a su vez:

—Nueve millones de kilómetros en las órbitas planetarias es una minucia. Además la misma pequeñez del planeta hace posible la hipótesis de un encuentro porque nuestro centripetismo puede desviarle y atraerle. Le advierto a usted que los astrónomos de todo el mundo están profundamente preocupados. Unos pocos no ocultan esta preocupación. Otros sí. Yo, por ejemplo. Para qué llevar a la gente una alarma más. Bastante tiene el mundo con las de aquí abajo.

A los dos o tres días de esta terrible conversación fué el astrónomo quien vino a buscarme. Repetimos la excusa, el apretón de manos; el "¡qué casualidad!" y ¡hala! al tema astronómico. Me dijo que en los cálculos de la órbita del menudo planeta se acababa de descubrir un error: no iba a pasar a nueve millones de kilómetros de la Plaza de Cataluña sino simplemente a cuatro! ¡A cuatro! ¡A cuatro millones!

Realmente yo no me explicaba el horror que cuatro millones de kilómetros producen en un astrónomo. Pero parece ser que cuatro millones de kilómetros son una verdadera

minucia. El cruce del planeta con nosotros iba a significar pues un peligro mucho más grave del que se supuso en los primeros momentos. Un peligro aumentado en cinco millones de kilómetros.

Ahora bien, como yo desconozco del modo más magnífico la astronomía y otras muchas cosas, dormí aquellas noches y las noches siguientes con una tranquilidad heroica para un astrónomo.

Por fortuna para el sistema planetario, hemos sido nosotros, los hombres que ignoran el cielo quienes hemos hecho bien. La realidad acaba de ponerse de nuestra parte. Cuatro millones de kilómetros le colocan a uno a salvo de todos los choques. Lo siento por mi amigo el astrónomo. Pero me alegro por mi amigo el alarmista que de seguro interpreta el escamoteo de la imaginada catástrofe como claro augurio de otro peor. El que la luna se vaya a descolgar del techo como una monstruosa lámpara, por ejemplo, y nos aplaste a todos.

Además, el ejemplo de este planetilla que nos acaba de amenazar a cuatro millones de kilómetros puede ser un saludable punto de referencia para las gravitaciones de aquí abajo. Los peligros que nos rodean quizá estén más lejos de lo que suponen los fatalistas y los teorizantes que son unos hombres tan predispuestos al error como los astrónomos.

Por de pronto duerman ustedes tranquilos, como yo dormí seguro de lo que son en realidad cuatro millones de kilómetros. No pasa nada. Los mundos de aquí abajo, como los de allí arriba, puede que se aproximen amenazadores. Pero sólo se cruzan para alejarse en la fatalidad de sus órbitas de las que son esclavos irredimibles.

C. R.

la calle**Boletín de suscripción**

D. que vive en

calle de pueblo de

provincia de se suscribe por

a **la calle.**

Firma

Remítase este Boletín a la
Administración de LA CALLE,
Pl. Cataluña, 9 — BARCELONALA CORRESPONDENCIA
ADMINISTRATIVA DI-
RIJASE AL ADMINIS-
TRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA,
NUMERO 9, 2.º, 2.ª
BARCELONA

PAGINAS FEMENINAS

NUESTRO VOTO LAS «REVOLTOSAS»

HABLEMOS claro: los hombres no están satisfechos porque las Cortes Constituyentes nos hayan comedido el voto a las mujeres. Y no lo están, porque no les merecemos confianza; porque creen que cada una de nuestras papeletas de votación va a ser un ariete maniobrado contra la República.

Nunca, desde Adán a la fecha, fué el hombre gran conocedor de la mujer. Ni de su cuerpo, ni de su alma. Es decir: de su psicología. De su psicología, aunque esto, por mi falta de léxico, no esté muy claro.

El hombre, siempre para el uso particular de su cerebro, y en ocasiones para el ejercicio de su fisiología, se ha creado unos cuantos tipos de mujer, sin correspondencia con la realidad femenina.

En lo moral, el tipo más reciente de mujer creado por el hombre, tiene un retraso de diez años. Y diez años en estos tiempos de vivir deprisa, son casi un siglo, o más de un siglo.

Los hombres tienen miedo de que la mujer vote, porque temen a las sacristías, sin saber que a las mujeres de hoy—no importa que sean creyentes: la fe es una cosa y la sacristía otra—no hay que buscarlas de coro adentro.

Los hombres, por lo visto, ignoran la formidable tarea de culturación, de "incorporación", realizada por la mujer española, para quienes ya el aula, el taller y la tribuna no tienen secretos, en estos últimos lustros.

Fácilmente impresionables por su supina ignorancia de la mujer, los hombres acentúan su alarma, ante ese alarde de signos religiosos que hacen ahora, insensatamente, algunas mujeres.

No se fijan en que son eso que hemos dicho: algunas nada más, las menos, y en que, por ser las menos, venturosamente, las "otras"—nosotras—somos las más.

Evidentemente, no hay lógica en el mundo, o si cada portaestandarte de atributos místicos es considerado como un probable voto adverso a la República, cada busto femenino libre de tales signos debe ser tenido por un seguro voto a favor.

Se habla mucho de la influencia política del confesionario. ¡Pues menguado influjo, si no consigue hacer prosélitos nada más que en una mínima parte de la masa a la cual habla al oído! Porque no es de creer que nada más se acercan al tribunal de la penitencia las que hacen vana ostentación de Cristo por la calle, como un mundano adorno más de su vestido. Y si son ellas solas, ¿qué se teme, si son las menos, si constituyen excepción?

Pero no, no son ellas solas. Como yo, hay en España—en la nueva España de hoy—varios cientos de miles de mujeres, católicas, apostólicas y romanas, pero con el criterio suficiente para separar lo perdurable de lo perecedero; para, en lo eterno, amar a Dios sobre todas las cosas, y en lo terrenal, a la República sobre todos los regímenes.

Y no niego, no, la existencia de otras muchas mujeres—digámoslo sin modestia: menos heroicas que nosotras—que no aciertan a conquistar por sí solas nuestra alteza de miras, nuestra independencia ideológica, pero a las que la República no "rescata" de nocivas influencias.

Porque la verdad es que, ante la propaganda que huele a incienso, la República se ha cruzado de brazos, sin oponerle la eficacia de otra propaganda que huele a Libertad.

Si la República tiene el voto adverso de la mujer, es porque no se habrá molestado en conquistarlo.

Ni el buen paño, ni el buen régimen, se vende ya en el arca. Hay que ofrecerlo en la calle, en la casa, en la oficina; en todas aquellas partes donde un hombre o una mujer necesiten que sea orientada su ciudadanía.

Carmina FONSECA

AUNQUE tres elementos—el pueblo, las autoridades y los... organizadores—podían esperarlas, yo creo que la verdad es que no debían esperarse "grandes cosas", del movimiento de "agitación extremista", anunciado para el pasado domingo, último del mes de mayo.

Con objeto de superar en todo momento a los revoltosos, las autoridades, naturalmente, tomaron sus medidas de prevención. El pueblo, comprobando que "no pasaba nada", se marchó a sus montañas y a sus playas, según su costumbre dominguera. Los revoltosos, en fin, fueron los únicos que no cumplieron su programa dominical, pues que si antes consistía en holgar los lunes, ahora consiste en agitarse los domingos, y el pasado apenas se... "agitaron".

Inhibido el pueblo y en su puesto las autoridades, los re-

voltosos puede decirse que no "comparecieron". Las "revoltosas", sí.

Yo las vi pasar, agitando sus brazos delgados de niñas espigadas, bajo mis balcones. Las gentes las miraban, sin darles importancia, escuchando sus vítores a Rusia y sus cantos de "Internacional".

Eran pocas y tan jovencitas, que cabían debajo de un pandero, como aquel que dice. No mucho más de medio siglo, no mucho más de cincuenta años entre todas, tendrían aquellas cuatro o cinco chicas que daban vivas al comunismo, probablemente sin saber lo que el comunismo es.

Gritaban sin entusiasmo, como las colegialas que canturrean, mosconeándola, una lección aprendida. Sin embargo, probablemente ésta, tan lamentable, era la única lec-

ción ofrecida a la voracidad de su espíritu. Porque, con todos sus "Patronatos" y todas sus "Fundaciones", la ciudad carece de un organismo educador de la pobrecita chica menestral, de las mocitas de fábrica, que se producen "en rojo", acaso porque no se les ofrecen centros de educación que no sean sospechosamente "blancos".

Yo, viéndolas pasar, me sentí ruborizada, como sabíendome un poco responsable de que ellas gritaran subversivamente, sin saber lo que gritaban, porque nadie les enseñara otros gritos.

La triste realidad, es esta: la República no ha establecido todavía instituciones para la mujer que trabaja, equidistantes de ambos extremismos: el de la derecha y el de la izquierda; instituciones que fueran algo así como una zona templada de conciencia, entre la "Letanía" y "La Internacional".

La ciudad abre los brazos para que los niños—los obreritos, los ciudadanos de mañana—vayan a ella. Y no los cierra, ciertamente, para las obreritas; pero éstas necesitan un cuidado, una atención especiales, de que ahora carecen.

... ..

El domingo, mientras veíamos pasar el pequeño grupo de pequeñas comunistas, alguien dijo a mi lado:

—¡Qué bien estarían estas chicas en las "Arrepentidas!"...

Y yo pensé que la arrepentida de su misión al respecto de la cultura gratuita, post escolar, para la mujer que trabaja, debía ser la ciudad.

C. F.

La Correspondencia administrativa diríjase al administrador de LA CALLE Plaza de Cataluña número 9, 2.º, 2.º Barcelona

Novelas cortas de la calle

una broma

por Domingo de Fuenmayor



—¡No es posible, don Abilio! ¡Aunque nos lo jure, no lo creemos!...

—¡Ni puesto en cruz!...

—¡Cosas raras pueden ocurrir, pero como esa no!...

—¡Absurdo, absurdo!...

Don Abilio, encogidito, ruborizado, sonreía sabiendo que aquella explosión de dudas no era, al fin y al cabo, nunca osara decir, gran purista, "después de todo"—, sino cariño; y respeto, también.

Constábale. No otra cosa que respeto y cariño, "a su manera", eran las bromas afectuosas de que los compañeros de oficina—¡si entre todos, Señor, apenas reunían años bastantes a doblar los suyos, como aquel que dice!—, le hacían objeto.

Porque le constaba así, encogidito, ruborizado y benevolente, hizo que escampara el chaparrón, ratificando aquello que había desatado las aguas, momentos antes:

—¡Pues sí, señores: iré al banquete! ¡Ya lo creo que iré al banquete!...

Como no cabía duda de que el propósito era cierto, Agustín aconsejó:

—Entonces, no hay que pensar en "niñas". No hay que pensar en las "niñas" de "la Pasiega".

La Pasiega era una dama expendedora de caricias por mano de las mozas que vivían bajo su techo, y el privarse de la presencia de tan liberales muchachas, no fué muy del agrado del conclave.

—No comprendo por qué— aseguró Julián Rodríguez.

—Pues porque no tenemos necesidad de loros, ya que siete se sentarán a nuestra mesa, representados por los años, que Dios aumenta— aunque a la altura que han llegado, no creo que los aumente ya ni Dios—, de don Abilio.

Volvió a sonreír el matusalén, pero esta vez se permitió amenazar a Agustín con el capirote de nicotina del dedo índice de su mano derecha, a tiempo que le recriminaba, dulcemente:

—No seas malo, Agustinito, no seas malo, que puedo ser abuelo tuyo...

—¡No puede usted serlo, por la sencilla razón de que mi abuelita, la pobre, ha tiempo pudre tierra!... A no ser que, claro, ya sabe usted el pareado: en ciertos aprietos, no se respeta nada...

Como él no soslayó la obscena aleluya, sino que la lanzó en toda la desvergüenza de sus dos versos, la opinión que mereció de los assembleístas, unánime, quedó condensada en tres palabras:

—¡Eres un animal!...

Rebuznó Agustín, para concretar qué clase de animal era, y todos se echaron a reír, aunque la fidelidad que puso al servicio de la imitación de la fonética asnal, hiciera temer un par de coces.

Todos se echaron a reír, porque la verdad es que nadie podía tomar nada en serio aquella tarde, que marcaba un hecho insólito en su vida de oficinistas: la concesión inesperada, absurda, increíble,

de una soldada extraordinaria, por parte de la empresa industrial a quien servían, no ciertamente pagados con exceso. Y mucho debió ser el de los beneficios del semestre finido, cuando el Consejo de Administración había tomado tan pródigo acuerdo.

El primero que por los empleados se adoptó, al conocer la fabulosa noticia, fué celebrarla con un banquete. ¿Cómo, con un banquete? ¡Con un banquetazo, de a tres duros cubierto!

—¡Nos vamos a "hinchar"! — pronosticó Carlos Andújar, que ya lo estaba, merced a la opulencia de sus cien kilos de linfa.

Y como iban a "hincharse", a comer bien un día en la vida, por lo menos, todos estaban muy contentos, dando al olvido, venturosamente, la cotidiana media ración.

Todos estaban muy contentos, incluso don Abilio, que al ver cómo, inesperadamente, la fortuna se le entraba por las puertas, había perdf-

do la cabeza en tan decidida forma que habíase comprometido a emplear tres duros— ¡qué, tres duros: quince pesetas!... ¡Quince grandísimas pesetas!...—en su particular regalo.

Tal desvanecimiento — tal pérdida del propio "control", que se diría de querer crispas su condición de vestal del léxico—, le tenía ruborizado. Pero... no estaba bien volverse atrás. Juan, al fin y al cabo, se lo perdonaría.

Juan era la única familia de que disponía don Abilio. Juan, Juanito, su nieto. Un niño enfermo, rescatado a la muerte, en lucha heroica de todos los días, desde el primero de los doce años que tenía el chiquillo, aunque en lo físico—y, ¡ay!, en lo intelectual—quedara detenido en los seis.

Tener un nieto significa— ¿verdad, mi querido don Pedro Grullo?—tener o haber tenido un hijo o una hija. Cinco, que no uno, tuvo don Abilio. Y los cinco varones. Es decir... varones, en logrado— ¡y malogrado!—ejercicio de varonía, uno nada más.

Los otros cuatro hijos de don Abilio habían sido como este nietecito al que la muerte amagaba en todos los minutos.

La casa, naturalmente, no era agradable. Nadie que no fuera el padre—el santo padre: ¡el Padre Santo!—que era don Abilio, pudiera tolerar la permanencia en ella. Ni siquiera la madre, que se murió; ni siquiera el hijo sano, que se marchó; ni siquiera los pobres cuatro idiotas, que se marcharon también por el mismo camino que la madre abrió en la tierra de la fosa común...

Y entonces, don Abilio quedó solo. Pero no por mucho tiempo, pues que el hijo sano tornóse, al fin, al redil, mas por poco, también. El suficiente para dejar engarzado en la vida del viejo al hijo tonto de que, a su vez, fué padre el emigrado, y abandonar la vida, por el mismo postigo estrecho de la casa de todos.

Se dirá, por poco lince que se sea, cómo quien es padre y abuelo de imbéciles, difícilmente puede ser un sabio. No lo era, don Abilio; no lo era. Si de quien sabe mucho se dice que es "un pozo de ciencia", de él podríamos decir que era "una cisterna de



ignorancia"... una cisterna que, más que ciego aljibe, fuese también manantial del "no saber", siendo así susceptible de aumento, y no de evaporación, su mengua de luces.

Porque no es solamente, en realidad, que don Abilio fuera ignorante—el ignorante es un depósito vacío, que se puede llenar—, sino que era de inteligencia roma: una mina ciega, en fin.

Se puede ser muy tonto, y ser muy bueno. ¡Naturalmente! Naturalmente, como que lo que quiere decirse con lo dicho, queda expresado mejor invirtiéndolo así: no se puede ser muy bueno sin ser muy tonto.

Como don Abilio era muy tonto, su bondad no tenía límites. No bondad esporádica, sino continua, de todos los tiempos, de todos los minutos, como sin soluciones de continuidad era su tontería.

Bondad heroica de sacrificar la cama, y la mesa, y todos los apetitos, a los hijos, primero; al nieto, después. Al nieto, todavía, ahora, cuando ya el enfermero, que fué joven y animoso, era un viejo de mano temblorosa, de paso vacilante... Cuando no faltaba mucho para que el propio enfermero necesitara de quien a él le ayudara a librarse de las argollas de la vil materia, de que desmanillaba a su nieto, venciendo todas las repugnancias.

Tan bueno—tan tonto—era, que su mayor felicidad consis-

tía en simular que sorprendía destellos de inteligencia en los ojos inexpresivos del pobre niño cretino. Y aunque sabía lo incurable, se engañaba pensando: "¡Un día se curará!" Y para festejar ese día imaginario, compraba trajes, zapatitos... que nunca se usarían.

¿Don Abilio era rico? No; su único caudal lo constituía el pobre sueldo que cobraba como empleado de una empresa particular. Pero como era tonto, no gastaba sino en el pequeño, no necesitado de drogas, ciertamente. En él, no. Comía como un pajarito y en vestir no gastaba mucho más de lo que para este vanidoso menester necesitase un jilguero, pues que su ropa no fué nunca orgullosa ostentación; no salió nunca de lo que estrictamente el pudor señala como mínimo de honesta cobertura. Y como un traje es tan honesto cuando el sastre le dá la última puntada, como diez años después, si supo conservarse sin más daño que el de los brillos y las rodilleras, don Abilio utilizaba al sastre cada lustro y aun es fama que sus "lustros" compusiéronse más de una vez de ocho o diez años.

Transcurrió el banquete— ¡no hay que decirlo!—, alegremente. Entre bromas y chufletas. Corriendo sin duelo el vino y sin rebozo los chistes, de todos colores, si bien, naturalmente, la esme-

ralda de la picardía ocupó el mayor espacio en la gama del barato ingenio.

El tontísimo abuelo del nieto tonto, no se sentía feliz, esta es la verdad. Pero tampoco es mentira que nadie paró mientes en su actitud, encogida y triste. Triste, porque pensaba en el niño, solito por primera vez en horas — ¡él cuidaría que fueran pocas!—, de la noche.

Como si comer más de los bocaditos de ordinario fuera no querer, y aun ofender, al niño, don Abilio no cenó, en cantidad, ya que no en calidad, más que de costumbre. Y, al fin, aunque él contribuyera en corta medida a que la cena terminase, terminó la cena.

Momentos antes, entre risas sigilosas, Julián y Agustinito se habían levantado... para hacer "una de las suyas", naturalmente: introducir un cucharón de plata en el viejo gabán del viejecito, lacia prenda colgada en un perchero.

Y cuando, puesto ya en pie, se levantaron todos para marchar—¡a casa de la Pasiega, naturalmente!—, Agustinito, simulando severidades, les detuvo con un gesto:

—Un momento. Perdonen ustedes. Vamos a quedar en la fonda como unos granujas, y esto no puede ser. Por nuestro buen nombre, no puede ser. Alguien ha tomado un objeto, guardándolo. Que lo devuelva, y tengamos la fiesta en paz...

Miráronse los unos a los otros, sin tomar la cosa en serio. Miráronse todos sonrientes, los unos a los otros, menos don Abilio. Menos el pobre don Abilio, que se había puesto colorado, que había comenzado a temblar, que balbuceante, sacando una pequeña cosa de un bolsillo del pantalón, dijo:

—Es verdad. Yo he sido. Tomé este palillero, para que jugara con él mi nietecito. ¡Perdónenme ustedes!...

Y se echó a llorar, como lo que era: ¡como un tonto!

Domingo de FUENMAYOR



REJILLA DEL ARTE

PRIMERA PARABOLA DE LA EXPOSICION DE PRIMAVERA DE 1932

EL domingo 22 de mayo se inauguró, a las once y veinte minutos de la mañana (anunciada a las once en punto), en el Palacio Nacional del Parque de Montjuich la Exposición de Primavera 1932, con la asistencia del gobernador civil, señor Moles; alcalde accidental, señor Casanovas; Consejero de Cultura de la Generalidad, señor Gassol; regidores, invitados, expositores y público.

Con la buena intención del presupuesto de una intervención directa en la organización hablaron los señores Rebull (Juan), presidente del Salón de Montjuich, y Masriera (Luis), presidente del Salón de Barcelona, el señor Casanovas y el señor Gassol, inmiscuyendo el arte con la política de multitudes como sistema de renovación colectiva. Desde aquel momento la Exposición, preinaugurada con el vernisaje del día anterior, quedó abierta para el público, previo el pago de una peseta por entrada. (Debo advertir para descargo mío que yo que he visitado cinco veces la Exposición, he tenido que pagar otras tantas una peseta. ¡Es un detalle de importancia!).

EXONENTES

La parábola en el exponente podría ser una parábola, dirigiéndonos a la muchedumbre, que tuviese por base una suma como esta:

$$5 \text{ más } 6 = 12$$

¡Incomprensible! Pero la parábola no, tiene por base esta otra suma:

$$1 \text{ más } 1 = 2$$

donde vacan todos los razonamientos.

¿Plantear dificultades? ¡Nunca!

La claridad, el aseguimiento fácil para los incultos de arte.

Los que hemos visto detenerse una señora ante aquella combinación de volúmenes insulsos de... ¡no importa quién! que parecen una mujer que danza, y ha exclamado:

—¡Colosal!, tenemos derecho a dudar, dudar más, ya dudando de la capacidad de la muchedumbre para la crítica del arte. (Esa muchedumbre que ante un paisaje, si no conoce el lugar a que el paisaje se refiere, ha

creído estar ante un borrón de plana de caligrafía sin más plana que el borrón!)

El otro exponente puede ser la indecisión. (Escribamos un lema que debiera haber figurado en la Convocatoria de la Exposición de Primavera 1932: «Aventurarse a dar decidido un

placer que el de exponer por exponer sin cuidarse de la pre-exposición y de la post-exposición, más trágicas que la Exposición misma, sin dignidad personal. Quizá lo disculpe la precipitación, pero no hay disculpa en el arte que se sostenga o deba sostenerse en la

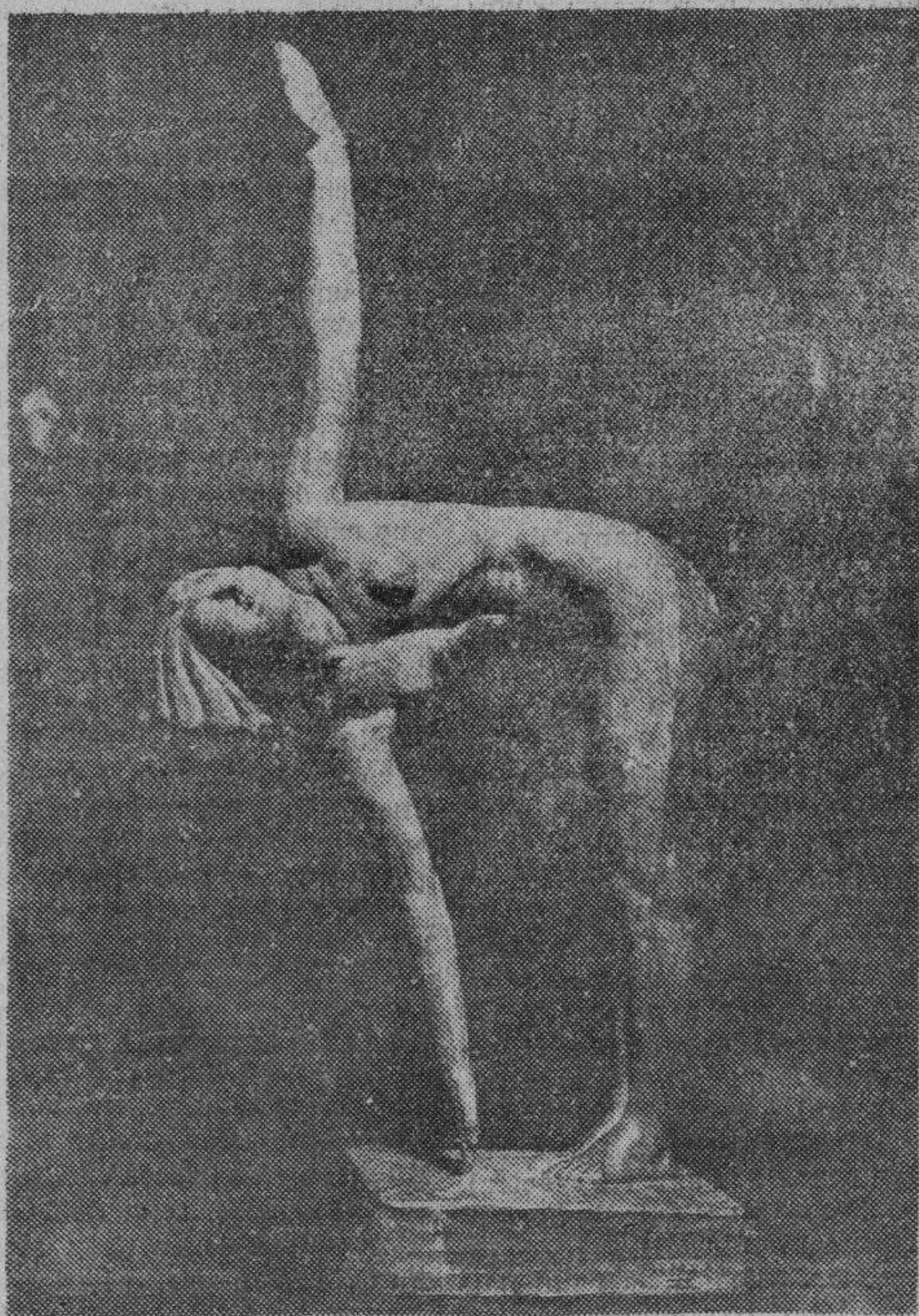
únicamente por lo que pueda ser, no por lo que sea. Y que los varones (como traduciría la palabra «Vir») tienen... momentos de adolescencia, se descuidan su virilidad. Recuerdo una frase que debiera haberse hecho célebre de un personaje (¡él se lo creía así!) de las letras castellanas, que vendía él mismo sus novelas (novelas cortas, plagiadas totalmente) por los cafés de Madrid. Se llamaba Armando Buscarini. Decía: «Hay que interesar la atención del público, sea como sea». (El paraguas rojo de Azorín, las barbas de Valle-Inclán, la melena de Gassol, el sombrero de paja de un tal desconocido que se paseaba con él verano e invierno). En parte, tenía razón, era una lógica. La del periodista (hemos llamado periodistas a tantos memorialistas!) que todos los días, día tras día, firma un artículo, una reseña, un reportaje, todos los días, día tras día, hasta conseguir un nombre... y una posición social (¡que es lo que él busca principalmente!).

El propósito es bueno: ¡que el nombre «suenen»!

DEFENSA

Es necesaria una digresión. Un grupo de artistas, con motivo de haber sido rehusadas «algunas» telas por el Jurado de Admisión, han lanzado la idea de la creación de un nuevo Salón de Independientes, en el que los artistas (falta aún determinar quiénes son y no son los artistas, la palabra se ha prodigado en demasía) puedan exponer libremente, sin tener que estar en vilo del placet o non placet de un Jurado de Admisión.

Ni la idea es nueva, ni los artistas que la sostienen son nuevecitos... pero sí, los artistas son unos infelices muchachos a quienes el ejemplo les ha zumbado la pandereta de la apelación, que ¡ojalá! se quede en agua de borrajas, pues de hacerse efectiva, habría de detenerse en el primer escalón de la consideración de la crítica, intelectual y no intelectual, porque ésta de plano rechazaría la iniciativa, por desconsiderada. Yo—entre tanto que no se me demuestre lo contrario—defiendo al Jurado de Admisión de la Exposición



«DESNUDO FEMENINO», DE FELIPE COSCOLLA

paso adelante, es correr el riesgo de caer de bruces. Aventurarse a darle hacia atrás, de caer de espaldas.») Ha habido indecisión en todos: en el Jurado de Admisión, admitiendo cuadros que «manchan» las paredes del Palacio Nacional (nos remitimos aunque retoriéndola, a la opinión de Marius Gifreda) y los artistas-expositores, dándonos el camelo de sus «últimas» composiciones cuando estaban como el «Bust de dona» de Juan Rebull «compuestas» y aderezadas desde 1921. Ha picado poco el escrúpulo, no ha habido otro

necesidad del tiempo determinado. (¡En arte los plazos a fecha fija son comercio, lectores! comercio).

Otro exponente que se deriva de estos anteriores, es el de la elegancia subjetiva de la figuración: es más elegante siempre una simple insinuación incompleta de personalidad — que se origina de este afán de figuración — que el cultivo de esa misma personalidad. Se parece haber olvidado que la adolescencia tanto en la vida como en el arte, como en las demás manifestaciones sociales, es apreciada

de Primavera 1932. Si éste no admitido tantas... tantas (¡hay muchas birrias!) obras tan... mal orientadas, trazadas y realizadas..., a ver, que se me diga si la Exposición, admitido el caso de la admisión de todo lo presentado, hubiera sido Exposición o hubiera sido una sodomización absurda que hubiéramos pagado como agentes pasivos todos los espectadores?

Yo concibo un Salón de Independientes, cuando hay capacidad de Independencia. Y... decidme, artistas o lo que seáis que patrocináis ese futuro (?) Salón de Independientes... ¿qué es Independencia Artística? ¿Qué?

La otra idea, de que he oído hablar en determinada «peña» del Monumental, de crear un Salón de Independientes (económicamente ¿eh?) buscando la coyuntura de una unión entre todos los artistas para la supresión del bicharraco marchand... ¡es otra idea! Más justa, más comprensible, y que yo aplaudo, siempre que no tenga por fin exclusivo el hacer trago por excelente lo que no llega a vulgarote, a indecente. (Si algo tienen algunos marchands es un perfecto conocimiento del negocio que les obliga a recomendar lo bueno sobre lo malo. Citemos a Maragall, iniciador de la Exposición de Pintura Moderna que se ha inaugurado el 28 del pasado mayo, una Exposición, que, sin duda alguna, vale por cien Exposiciones—sin exageración—, de Primavera 1932!).

PUNTUACION CRITICA

Se padece el color casi siempre. Yo soy de los que opinan que las pasiones no son más que excitaciones del color. La manía de los poetas modernos de comparar todas las cosas con el color, no es una arbitrariedad. Se ha dicho de estos poetas que padecían el intelectualismo. Y lo que padecían era el inteligentísimo. Es que la modalidad del color como adjunto, el color así a trasluz no combinado, sino color por color, simplicísimo, compendia como si fuese esencialidad la intimidad de la materia, dinámica. Por ello la definición más completa de un objeto, dinámico, en el dinamismo, excitado sobre toda su potencialidad de objeto, es la de «objeto blanco», «objeto negro», etc.

La Exposición de Primavera 1932, definida así, en su dinámica, no es blanca, ni negra... es gris.

Hago una puntuación sobre

el conjunto: igris! igris! (Como este vocablo nos dice lo bastante su misma explicación, no añado la definición, la refuerzo. igris!, ¡y no me retracto!).

PERIPATETISMO O FILOSOFAR PA-SEANDO

Peripatético estaba, y sólo filosofé delante de los cuadros siguientes:

A) Salón de Montjuich

Pintores: Núm. 1.—«La finestra» de Alsina (refinamiento, no así «El cancell» del mismo autor incongruente con «La finestra»).

Núm. 42: «Tocador de mandolina» de Costa (bastante carga de tapicismo, pero no falta de intención).

Núm. 54: «Nu» de Domingo (intensidad finamente espiritual, aunque un sí es no es prolífica de color).

Núm. 60: «El bes» de Estrany (momento emocional y emotivo).

Núm. 61: «Tocant l'acordeó», del mismo (idem id.).

Núm. 80: «Jove mora» de Humbert (agudeza y sensibilidad).

Núm. 141: «El bany» de Serra (recorte lineal, ilustrativo—?—).

Núm. 154: «Retrat de Sunyer (gracia del color).

Núm. 155: «Nu assegut» del mismo (idem id.).

Núm. 156: «Nu agegut» del mismo (idem id.).

Núm. 158: «Figura» de Togreres (noblezza y armonía).

Núm. 167: «Dancing» de Vicente (perfección abstractiva).

Núm. 170: «Retrat de familia» de Vila Arrufat (sin comentario, no recuerdo el comentario que me hice ante este cuadro).

Escultores: Núm. 179: «Testa de nena» de Canyes (carácter).

Núm. 184: «Cap»: de Ferrant (hipnotismo).

Núm. 186: «Mitja figura» de González (posibilidades, grandes posibilidades sobre una realidad que no se puede ni debe pasar por alto).

Núm. 192: «Nu» de Jou (¿muerto?)

Núm. 193: «Torç de noia» de Llauredó (temperamento).

Núm. 198: «Bust de dona» de Rebull (hirsutismo civilizado).

Núm. 202: «Clergues» de Ros (Ora pro nobis innocentibus).

Núm. 207: «Estudi» de Tenas (¿malo, malo?).

Núms. 209 y 210: «El Contino» de Viladomat (¿y no le ha dado vergüenza exponer esto? ¿Y los miembros del Jurado, tampoco les ha da vergüenza? ¿Esto es arte... moderno? ¡Uhinam gentium sumus! — así en latín para que se enteren po-

cos!—. Me han asegurado, no diré quién, que Viladomat quiere colocar «El Contino» sea como sea... como monumento a Fortuny... Como me lo contarón, te lo cuento, lector!).

B) Salón de Barcelona:

Pintores: Núm. 27: «Composició» de Calsina (téticamente salvaje, pero personal!).

Núm. 56: «El meu pare» de Durbán (contrastación de luz y sombra).

Núm. 54: «Vidre vert» del mismo (id. id.).

Núm. 57: «Avant sala» de Elías (delicadeza, sobre el dibujo delicado; francamente más segura como expresión la «Visita» de Pidelaserra que estuvo poco ha en la Sala Parés).

Núm. 116: «Quan s'está cansat» de Masriera (¿qué?).

Núm. 88: «Entrada de Hostalrich» de Guinard (naturismo de Naturaleza, sentido del campo, y del pueblo maridado con el campo).

Núm. 122: «Retrat de la meua filla» de Mestres (viveza).

Núms. 184 y 185: «Dones que es banyen» y «Dona de la mona» de Vidal Molné (tensión sobria de la línea sobre el plano ondulante).

Núm. 191: «Emaüs» de Vilás (¿misticismo o misticidad?).

Escultores: Núm. 206: «Cap de noia» de Causarás (serenidad).

Núm. 210: «Nu femení» de Coscolla (pretensión de posiciones extrañas por lo violentas, de otra forma: problemas planlas, ventas que ha sido preciso guro, y poco corriente, que es

plantearse problemas a resolver).

Núm. 218: «Crepuscle» de Marés (?).

CONCLUSION:

En el Salón de Montjuich no ha habido «fieras». (Grau Sala ha sido un «conejito de Indias!»).

De haber, quizá en el otro Salón, el de Barcelona.

Pero los expositores del Salón de Barcelona parecen haber sido contratados de antemano para la ilustración de novelas de papel y de ladrillo. ¡Y ese crimen! ¿por qué no abuchean al Jurado de Admisión todos los que exponen, admitidos y rechazados, por ese «El Contino» (¿será «El Contino» o «El Condesito», ¿eh?) de Viladomat, que han ido a colocar de presidencia en el Salón de los jóvenes?

¿Y los símbolos? ¿Qué es tan difícil buscar los símbolos dentro de una concepción? Todos han sido símbolos pueriles... ¡ajjj!

Los escultores, guardando contadas diferencias, han quedado mejor situados en mi peripatetismo filosófico que los pintores. ¡Lo aclaro!

La segunda revolución de esa parábola queda para señalar diferencias y para descongestionarse con un poco de humor, del humor que inconscientemente han dejado muchos pintores y escultores sobre sus trabajos expuestos...

Augusto TURLUPINE

Un cuadro de Eduardo Solá

EN cualquier entidad o agrupación donde se reúnan media docena siquiera de individuos, sean de la índole que quieran, hay siempre tiquis miquis, criterios diversos, modalidades de carácter opuestas.

Es una ley fatal ahumana que unos vean negro lo que otros consideran blanco.

Al entrar en el Círculo me rodeó un grupo que, apenas cambiados los primeros saludos, me dijo: —¿Ha visitado usted la Exposición de Arte de Montjuich?

Respondiles que no. Así era.

—Pues conviene al arte de los pintores y artistas catalanes y a la ciudad de Barcelona que usted la visite — agregó uno de los del grupo — para que la gente se interese por nuestra Exposición.

—Sabemos — dijo otro — que el periódico LA CALLE

dedica con afán creciente sus páginas a la exaltación de los valores nuevos y a dar vuelos de popularidad a los ya destacados.

Aseveré lo dicho por el preopinante y seguimos la charla derivándola hacia el mérito, en conjunto, de las obras expuestas. Citáronse varios artistas y probabilidades de recompensa a sus obras.

De entre los expositores nuevos se mencionó el nombre de Eduardo Solá Franco, de quince años de edad y quizá el más joven de todos ellos. Según se dijo, promete ser si no se extravía en la técnica, colorido y composición, un miniaturista del detalle.

Intrigado por conocer las obras de ese nuevo artista de que se hablara, visité la Exposición de Montjuich.

No he de negar que en mí hay latente cierto espíritu de

POR ESOS MUNDOS

LA MARAVILLOSA AVENTURA DE

MISS Earhart es la Clara Campoamor del mundo de los aviadores.

No se me ocurre un modo más expresivo y más popular de rendirle el debido homenaje. Se trata, como de seguro saben ustedes, de una aviadora americana que hoy hace ocho días puso en Irlanda las ruedas de su avión, luego de haberlas hecho rodar durante tres mil kilómetros y a ciento ochenta a la hora sobre esa carretera que existe suspendida sobre el Atlántico. Una carretera que no todos los aviadores saben hallar. Los que fracasan en la busca, perecen ahogados.

Miss Earhart salió de Nueva York el viernes, a las diez y media de la noche. Y ha llegado a Irlanda el sábado a las tres de la tarde. Es decir, que voló durante más de dieciséis horas entre dos continentes y sola. Completamente sola. La imagen de una mujer sola sobre el Atlántico y con una velocidad de ciento ochenta kilómetros por hora es la más audazmente moder-

prevenición contra esos niños y jóvenes precoces, ya que al seguir la trayectoria de la vida artística o literaria, de los que me han sido conocidos, les ví al llegar a la edad de la madurez enquistados en un primitivismo de concepción y de técnica que los ha convertido en individualidades sin relieve, esfumadas por lo común en una vulgaridad mediocre.

El artista a que me refiero, el joven Solá, ha expuesto un cuadro que titula "La visión" y que figura en el catálogo con el número 158.

Salta a primera vista la estilización de la figura, en un conjunto de perfiles perfectamente matizados, en una gama de colorido, que atrae y que invita suavemente a la contemplación.

Claro está, que en esta primera obra expositiva del novel artista, no ha de juzgarse el futuro, que será según la escuela a que le lleve su tendencia y los maestros en que se inspire y le instruyan.

R. G. P.

MISS EARHART

na de todas las imágenes posibles.

¡Qué ridículo se nos aparece ahora el recuerdo de aquella miss Ruth que hace algunos años quiso representar la comedia de la dolorosa travesía! No obstante su belleza y a pesar de sus aventuras posteriores, es muy posible que la hayan ustedes olvidado ya. Miss Ruth organizó tan bien su fracaso, que no era posible otro éxito que el de la apariencia de su audacia. En el fondo tratábase de una muchacha con grandes aspiraciones cinematográficas que al fin no logró ver resueltas. De acuerdo con lo previsto, cayó al mar el aeroplano de la aventurera. Un vapor posiblemente preparado a estos efectos hubo de recoger a los tres. A miss Ruth, al avión que la condujo y al piloto que condujo al avión. Al día siguiente hablaban de miss Ruth todos los periódicos del mundo. La improvisada aviadora fué recibida en París con gran ruido. Como de esto era de lo que se trataba, la aventurera, contra lo que entonces se dijo y puede que aún siga diciéndose, no fracasó.

De miss Ruth a miss Earhart hay una distancia de mucho más de tres mil kilómetros. Y se toma aquí como referencia ese número porque es el de los que separa la partida y el arribo de miss Earhart, que no sólo no es bonita, sino que la ocurre algo peor. Algo peor o algo mejor. Esto: se parece de un modo increíble a Lindberg. Quizá algún sabio descifre un día la razón de este parecido.

Interesa a los señores Editores

EN LA PAGINA DE NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS DE "LA CALLE" PUBLICAREMOS NOTAS CRITICAS RELATIVAS A TODOS AQUELLOS LIBROS DE QUE SE NOS REMITAN DOS EJEMPLARES, ADEMAS DE LO CUAL PUBLICAREMOS EXTENSAS CRONICAS REFERENTES A AQUELLAS OBRAS QUE SU IMPORTANCIA LITERARIA, ARTISTICA O CIENTIFICA LO MEREZCAN

de Lindberg y la de miss Earhart.

Es posible—¿por qué no?— que para afrontar con éxito la aventura trasatlántica tenga que producir la Humanidad una nueva especie, de la que Lindberg y miss Earhart son los primeros ejemplares. En todo esto hay una realidad evidente. Ese parecido tan asombroso que alucina. Puede que los rasgos de que disponen sean los únicos que hacen posible volar durante dieciséis horas sobre el Atlántico, sin más compañía que la de los gruñidos del avión y sin que éste caiga, seducido por las sirenas que le ofrece el mar en las crestas de sus olas.

De seguro que cuando salgan a la luz estas palabras será popular en el mundo el nombre de miss Earhart, no obstante su ingrata fonética y su desapacible ortografía. En cambio, si aún se acuerda alguien de miss Ruth, será a través de la aviadora en que hoy se nos aparece otra vez la audacia americana.

Es de advertir que no es esta la primera vez que miss Earhart cruza el Atlántico. Ya lo hizo allá por el año 1927, es decir, en los tiempos heroicos de las travesías trasatlánticas aéreas. Pues entonces llegó a Europa como tripulante de un avión pilotado por hombres. Esto no la satisfizo. Su anhelo era poner por obra la hazaña, no sólo sin auxilio de ningún hombre, sino sola. Pues ya lo ha hecho. De seguro que estará satisfecha por dos razones. Por su triunfo personal y por el de su sexo. A partir de esta aventura, son dos las efemérides americanas de la travesía del Atlántico en avión. La

El viaje de miss Earhart es el más representativo de todos los que hasta ahora se han hecho en avión, desde América a Europa. En efecto, miss Earhart ha llegado a Europa, no a título de genio de la aviación, sino para asistir al Congreso de aviadores trasatlánticos que en estos días se celebraba en Roma. Realmente, tratándose de ese Congreso, era el medio de locomoción más indicado para ir. Los aviadores que utilicen otros quedarán un poco en ridículo. Miss Earhart lo ha comprendido así y por eso decidió dar un gran ejemplo.

En cuanto a la significación femenina de la aventura, es terminante. La expresión está en la circunstancia de que la ha puesto por obra en las peores condiciones atmosféricas. A una mujer no la importan nada los elementos. En la lucha contra ellos, es la mujer más fuerte que el luchador más fuerte.

Miss Earhart, con su triunfo, acaba de poner en ridículo a los vientos, a las lluvias y a la meteorología.

GIL ALONSO

Cualquier tiempo pasado fué peor

(Final de la página 13)

les y de secuestradores, útiles en política, sobre los que cimentó su fama Zugasti.

Bien venga el mal — que no existe ninguno que por hondo que sea no nos traiga algún beneficio — de donde se extrajo al andar de los tiempos el antidoto a las exageradas pretensiones del pueblo.

El jurado y el sufragio, especialmente, fueron cautelosamente neutralizados por la discreta actuación de los hijos, nietos, biznietos y tataranietos de aquellos esforzados paladines de sombrero de catite, trabuco en arzón, manta jerezana en ancas de jaca cuatrefña, al servicio y devoción de espadaños fachendosos y ministros flamencos.

Pedro BARRAGAN

ES C E N I C A S

Candilejas madrileñas

La revista de Sugrañes

EN Eslava se ha presentado el hombre de las revistas del Paralelo, con sus lindas muchachas casi vestidas, sus típicos guapas y algunos actores que dicen con gracia. Madrid, el Madrid que gusta de estas cosas tan gratas, le ha aplaudido a él, entre la fila innumerable de colaboradores que tiene una revista, destacó a Ramos de Castro, Rosillo y Balaguer, como autores de escenas y fusas.

Ya Ramos de Castro, que es uno de los nuevos valores más firmes, ha dicho a todos que allí él no ha hecho otra cosa que hilvanar los pensamientos de Sugrañes. Semejantes consideraciones harían desde Amparito Miguel, hasta el último hombre que ajusta bombillas de colores. Sugrañes llena la escena de ideas y cada uno coge la suya para resolver el problema que se le plantea.

«Las del Berl» dirán los sa-

bihondos que se parece a otras revistas, que tiene cosas que quizá parezcan ya oídas, etc. Es lo mismo que si a uno le gusta una muchacha, Antoñita Colomé por ejemplo, y un amigo hiperclorídrico le dijera: Sí, bueno, pero a mí me recuerda a mi patrona porque tiene dos ojos, piernas y manos, igual que ella. «Las del Berl» se parece a las demás revistas, pero con una juventud deslumbradora y la alegría que da los pocos años llenos de salud y belleza.

Y luego esas nenaz. Sin ellas no hay revista y ellas están allí, ¡y cómo están!

L. de A.

AQUI

EN BARCELONA

EN EL GOYA.—«¡AQUI ESTA MI MUJER!», DE MANUEL MORCILLO Y ANTONIO GONZALEZ

Sobre el cañamazo de un reportaje de Agustín Daveau, los señores Morcillo y González Álvarez han construido una farsa cómica muy del gusto francés y a lo «vaudeville», ingeniosa y llena de incidencias graciosas.

Sobre los celos infundados de una mujer y una aventurera ajena al protagonista, se nos ofrece una larga serie de equívocos a cual más gracioso e imprevisto.

El chiste es en esta obra un factor importante, pero no decisivo. Lo mejor, lo que no tiene desperdicio en esta farsa, es la trama, cortada en escenas de una gran vivacidad, y sus personajes de comedia grotesca, desfigurados hasta lo inverosímil si se quiere, pero que conservan una agilidad que suplanta lo natural y lógico de la acción.

El personaje de Bienvenido, hombre despreocupado y enamorado, está incorporado por ese cómico admirable que se llama Juan Bonafé. La naturalidad, la lógica que se echa a faltar en ese personaje, la suple muy con creces su intérprete, que pone en juego todas sus cualidades insuperables de actor cómico.

Julio Sanjuán y José Bódalo crean dos tipos de abates deliciosos; no escatiman esfuerzo alguno en su labor. «Georgina», muy bien incorporada por Mercedes Miró, y Carmen Sanz hace de su «Margot» una interpretación muy justa.

En fin, «¡Aquí está mi mujer!», farsa cómica o caricatura, como quiera que se le llame, es una obra que cumple admirablemente su «rol». Desencajada, absurda, pero bien realizada, despierta en el espectador la carcajada franca que ha de acompañarla durante sus tres actos.

¿Es este el camino a seguir para lograr un renacimiento del teatro, del que hay que irse preocupando? No, desde luego. Pero tampoco hay que creer en el absurdo de que estas producciones y su auge



NOTA DE UN LECTOR DE PERIODICOS

UNA LAPIDA Y UN RECUERDO

Alhamar, el varón más insigne de la casa de Nazar, fundador de la Alhambra: Porque sobrepujaste los límites del tiempo y del espacio, haciendo palidecer todas las bellezas de la Naturaleza, al crear las maravillas de este alcázar, para ceñir de gloria y de inmortalidad las divinas sienas de la ciudad inconfundible y única, recibe este homenaje conmovido de Granada, y con él la admiración y el respeto del mundo, y el llanto de tus hijos desterrados, que, aun en la soledad del desierto, a la luz de las estrellas, sueñan con el paraíso de tus estancias encantadas.

«No temas las injurias del tiempo ni las veleidades de la fortuna, porque tu ardor desmesurado se eternizó en el portento de estos recintos.»

«Podrán no quedar ni aun las sombras de estos muros; pero su recuerdo será imperecedero como el del último refugio del ensueño y del arte.»

«Y entonces el último ruiseñor que aliente sobre el mundo fabricará su nido y entonará sus cánticos, como una despedida entre las ruinas gloriosas de la Alhambra...»

Reza así la lápida, cuyo texto ha redactado Francisco Villaspesa, colocada en el recinto de la Alhambra y descubierta en presencia del Jefe, por acuerdo del Ayuntamiento de Granada.

Esta lápida, que es un homenaje y una rectificación; un

puedan perjudicar al teatro de veras.

Que venga ese autor nuevo que esperamos todos — críticos, público, es posible que incluso empresarios—. En el entretanto, obras como ésta o como cualquier otra, si sirven para mantener el interés hacia el teatro, sea bueno o sea malo, lo interesante es que lo mantengan.

«¡Aquí está mi mujer!» gustó mucho y fué muy aplaudida por el respetable.

J. R. de L.

EN EL BARCELONA. — ESTRENO DE «EQUILIBRIOS», JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS, DE PEDRO MUÑOZ SECA

Como estreno en España se anunció esta obra y como tal estreno hay que aceptarla.

abrazo cordial y, naturalmente, un acto de justicia, debida... y no pagada, hasta ahora, ha traído a mi mente, no sé por qué, un recuerdo de cierto día, calurosísimo, de finales de estío, en Marruecos. Y, más concretamente: en el campamento legionario de «Dar Riffien», o «Casa del Rifeño».

Vivía yo a la sazón en Ceuta, engarzado en mi destinillo oficial — civil, porque nunca fui hombre de armas tomar, ni siquiera de armas llevar —, y no hay que decir cómo asistí a la fiesta de regocijado, pues que no había muchas diversiones que dijéramos y ver a los reyes siempre ha sido una diversión.

Sí, señor, a los reyes; los mismísimos reyes de las Españas, don Alfonso y doña Victoria, fueron aquella mañana — la cosa ocurrió por la mañana, — al campamento de los legionarios, acordonado de barracones, a cuyas puertas mujeres pintadas lazaron gritos de bienvenida.

Hacía mucho calor, y las tribunas levantadas en la gran plaza campamental, estaban dotadas de livianos toldos, que el sol africano se filtraba a su placer, haciéndonos sudar a todos. A todos, incluso a la reina, el «rimmel» de cuyas augustas pestañas resbaló hasta la garganta, arrastrando en su caída el vermellón de las no menos augustas mejillas.

Los legionarios, brazo al aire, pecho al aire, formados correc-

Pero si no recordamos mal, es el mismo Muñoz Seca quien cuenta con otra obra tan semejante que la imagen de la gota de agua, etc., viene a nuestra memoria y la lanzamos. «Los pergaminos» se llamaba esa obra, si la memoria sigue siéndonos fiel. Pero, naturalmente, no podemos darlo como seguro, pues le llevaríamos la contraria a los carteles y al autor.

«Equilibrios», es lo que los personajes andan haciendo en el transcurso de los tres actos, mezclando sus diálogos con algún retruécano y con algunas alusiones al régimen, de mal gusto y sin gracia alguna.

Como intérprete, se destaca la labor de Isabelita Garcés, deliciosa como siempre, y la de los señores Isbert, Collado y Tudela.

tamente, recibieron, con el brasero solar, las arengas de Liniers y de Millán, envolviendo la enseña de la cuarta «Bandera», cuya entrega constituía el «clou» de la fiesta.

Después, hubo un desfile de indígenas, ante la tribuna real. Un desfile largo, interminable, de moros con la cabeza baja y los brazos en alto, para ofrecer toda suerte de preseas, desde la cándida oveja, al pebetero de plata, no tan cándido.

Habían hecho los obsequiadores larga caminata, bajo la fábrea Turia, y apenas podían andar, jadeantes dentro del agobio de sus atavíos. Algunos, no bien libraban la ofrenda y pasaban de la tribuna regia, intentaban sentarse, o tumbarse en el suelo; vanamente, porque los hombres que los conducían, como a una punta de ganado, les acicataban, implacables, duchos en el empujón y en el puntapié, haciéndoles seguir hasta fuera del recinto del campamento, donde quedaron, al fin, maltrechos y agotados.

Luego, naturalmente, los periódicos hablaron del gran entusiasmo de los indígenas. Mentira insigne. Fueron pasados ante los reyes, como bestias, en-

tre una doble barrera de brazos prontos al castigo. Y así pasaron ellos, con la vista baja y el alma negra de rencor...

Yo pensé entonces, que si la paz era aquello, la paz no era la cordialidad y que aquellos hombres, tan mal tratados, no podían querernos, sino temernos, nada más. Y dije después, más de una vez y en más de un artículo, que mientras la morisma no llegara a España y en España se le recibiera con los brazos abiertos y con un dosel para su media luna, el divorcio de raza continuaría separándonos, lamentablemente.

Ahora, al cabo de los años y — ¡claro está! —, bajo la República, un poeta ilustre ha puesto, con su verbo, el más preciado adorno de ese ideal dosel, colocado en la Alhambra, para cobijar la enseña de quien hizo «el portento de aquellos recintos».

De aquel día triste de «Dar Riffien», a este día alegre de la Alhambra, se ha recorrido tanto camino como hay de la paz ágrica, a la paz cordial, a la paz cordial que no supo hacer la monarquía.

UN LECTOR

SANTIFICAR LA FIESTA



—Tome, hermano; dos pesetitas para que se distrae de comunista. Tome, además, este papelito para que lo entierren en sagrado en caso de un desagradado accidente.

POLA NEGRI VUELVE AL FILM...

UNIVERSO Y REVERSO
DE UNA MUJER
FATAL



CUANDO esta mujer estaba en el apogeo de su arte, ese arte hecho de refinamientos sensuales y frivolidades envueltas en toaletas deslumbrantes, cuando su sirenismo era más fuertemente irresistible, se conocía muy poco a Greta Garbo y nos era desconocida la figura de Marlene Dietrich.

Pola Negri, la mujer encaprichada de los turbantes y collares más exóticos, la que al reír ponía en sus ojos la luz de un deseo oculto, siempre insatisfecho, ha vuelto a la vida activa del cinema. Pero vuelve con la misma soberbia que se fué. Su arrogancia y distinción es la misma de hace dos lustros. Su rostro tampoco parece haber cambiado gran cosa. Lo mismo que cuando los «talkies» aparecieron en Nueva York. Si el advenimiento del film parlante fué causa de su alejamiento, no lo fué, empero, de su soberbia. Aunque influyó más poderosamente en ello su poco dominio del idioma inglés, ella no quería resignarse a vivir sin popularidad. De ahí que una vez terminado su contrato con la Paramount, se ofreciera a otra marca productora de películas con el

ánimo, tal vez, de que fuera aceptada rápidamente su proposición, que, dicho sea de paso, era excesivamente pretenciosa. Siendo así, nada extraño era que fuera rechazada. No estaban los yanquis para invertir sus dólares así como así, ya que el cinema, con la venida del film sonoro, daba paso a otra juventud, que aunque quizá menos experta que la de la famosa artista, no por eso dejaba de ser artística y más dinámica. Y fué por eso precisamente por lo que Pola Negri hubo de marcharse de Hollywood, conociendo más tarde al príncipe Mdivani a bordo del trasatlántico que la conducía a Europa. Con él se casó en un pueblecito de Francia y con él, asimismo, vivió una novela fuertemente sensual y romántica que tuvo un final vulgar. La artista, al hacer su demanda de divorcio, alegó que quería separarse de su marido porque ya no se amaban. El también lo comprendió así y llegó un día en que se separaron, sin reprocharse el uno al otro lo más mínimo. Dos caminos opuestos, dos vidas incompatibles y un amor enterrado para siempre.

¿Amó realmente Pola Negri al príncipe de los Balkanes? Creemos que no, ya que el recuerdo del inolvidable Rodolfo Valentino aún seguía

torturándola y todavía parece torturarla. Todos cuantos han hablado de Pola Negri vienen a decir lo mismo. El gran amor de la pantalla ha sido, puede asegurarse, el último y gran amor de la célebre artista.

Tras un tiempo en que el nombre de Pola Negri parecía ya olvidado, volvió a hablarse de ésta. Fué el año pasado. Los periódicos daban la noticia de que se hallaba gravemente enferma en un sanatorio de Los Angeles, rondándole la muerte por momentos. Sin embargo, pudo más que nada su naturaleza y tras unos meses de lenta curación, su nombre volvió a ser pronunciado con admiración. Pola volvía a sus actividades cinematográficas más esperanzada y poseída de su valer que nunca. Iba a hacer su primera película hablada. El micrófono no la asustaba, puesto que había corregido todos sus defectos de pronunciación respecto al idioma inglés y su voz no parecía desagradable en el registro. Sin embargo, su arte es el mismo de siempre. Su aureola de mujer fatal mayor si cabe que entonces, cuando la personalidad de Pola Negri no tenía rival o rivales. Y vuelven los departamentos de publicidad a inventar nuevas historias para que el nombre de la artista se ha-

ga de nuevo popular, sin saber tal vez que tras esa publicidad se halla su fracaso. Es muy difícil que su arte, ese arte lleno de languideces y retorcimientos de mujer fatal, pueda ser aceptado ahora que el vampirismo tiene su más fiel representación en otras artistas que tienen la mitad de sus años y han llevado a la pantalla el vampirismo de postguerra.

La juventud de Pola Negri es una juventud que hoy vive del artificio que se prodiga en las clínicas de cirugía estética, su arte y su juventud quedaron presos en el cine silente. Sólo en sus primeras películas podríamos volver a admirar su belleza, esa belleza que captó la cámara cuando la radio, los «pullmans», los discos luminosos y otras cosas por el estilo nos eran casi desconocidos. Quizá a Pola Negri le suceda lo que a la Bertini, que a pesar de su belleza exótica y de su historia augusta, ha fracasado lamentablemente en los «talkies». Acaso el recuerdo de lo que fué le apuñale por la espalda como a la famosa trágica italiana. De todas maneras, esperemos a verla en su primera película hablada, que lleva por título «La mujer manda». No sea que nuestros pronósticos resulten desabellados.

M. P. de S.

PANTALLA DE ESTRENOS

CAPITOL

"Compensación" y "La casa de la discordia"

Doble programa de la Universal y en verdad excelente. En "Compensación", pese a los que tratan de achacar a esta película de atrevida e inmoral en algunas de sus escenas, se admira el valor de su argumento literario y la interpretación tan justa y bella de los artistas que interpretan los principales roles de la misma. "Compensación", a pesar de ser una historia vulgar, exenta de complicaciones psicológicas, no por eso deja de tener un gran calor de humanidad y un bello acento patético que llega en momentos a enternecer al espectador.

Los principales intérpretes que dan vida a esta aceptable producción Universal, son Francis Dee, Sidney Fox y Rusell Gleason que en sus respectivos papeles no pueden estar más afortunados.

Pero donde la técnica se desborda en un prodigio de sapiencia y buen gusto, donde la labor maravillosa de los protagonistas merece todos los objetivos laudatorios, es en "La casa de la discordia", film realizado de cara al mar, lleno de aciertos fotográficos y en donde el paisaje escandinavo al ser aceptado por la cámara no ha perdido nada de su natural encanto. A parte del acierto en la filmación y dirección de casi todas las escenas de dicha cinta, destaca en primer término la labor maravillosa de Walter Huston, actor de carácter, sobrio y enérgico que imprime a su principal papel toda la fuerza y la emoción que requiere el mismo.

Merece también consignarse la excelente labor del joven Kent Douglas y el acierto de Helen Chand. Uno y otro secundan admirablemente la labor que realiza Walter Huston.

La realización y dirección artística de William Wyler sencillamente admirables.

"La casa de la discordia" es un film que parece tirar del espectador con una fuerza emocional admirable, que lo traslada en momentos al lugar donde se desarrolla el drama familiar y lo hace al fin ser testigo de la trágica muerte de sus verdadero protagonista, bajo un cielo te-

nebroso, sacudiendo sus lomos de tormenta al mar y haciendo de su embarcación vencida por las olas su propia tumba.

En la interpretación sobresalen Paul Horbiger, Fritz Kampers y Claire Rommer y Lucie Englisch; pero en tono más elevado los dos primeros

como le sucede en "El hombre y la bestia" o en "El general Crack". Esos personajes que requieren un conocimiento psicológico especial, poseídos por un temperamento excepcional, encuentran en John Barrymore su más acertado intérprete, su más fiel encarnación, como lo hemos comprobado una vez más en "Svengali", la película de la Warner Bros que la cinematográfica Almira ha presentado en el Tivoli.

En la siniestra figura del personaje central de la obra, John Barrymore demuestra la posesión psicológica absoluta del individuo que encarna. Desde el primer momento se observa que se ha preocupado en resolverla plásticamente. Alto, demacrado, de largas barbas, vestido de levita negra, comunica inmediatamente el carácter siniestro de su personaje que ejerce una sugestión que se suma a la intensidad de sus expresiones y al fulgor de sus ojos que, gracias a hábiles juegos de luces, suele ser impresionante. Puede por tanto decirse que sólo la labor de John Barrymore podría acreditar los méritos de esta producción extraordinaria.

Contiene, además, la película "Svengali" una revelación: Marian March. Esta joven y bella artista, de tan breve actuación en el cinematógrafo, destaca netamente su personalidad y se perfila como una estrella de primera magnitud. Carmel Myers, discreta y ajustada a su rol; Yola D'Avril, episódica en su personaje.

Corría el riesgo esta película de caer en la categoría del melodrama; pero un sentido muy exacto lo ha evitado: el de Barrymore en su rol de Svengali. La obra se desarrolla en esa esfera psíquicomisteriosa de la influencia que un ser puede ejercer sobre otro hasta el punto de suprimir su arbitrio, consiguiéndose crear en la película esa atmósfera extraña que necesita un tema como el que explota. De todo, sólo cabría objetar que, en vez de buscar su repercusión interior sobre las almas, se han cuidado únicamente sus aspectos exteriores y sus efectos dramáticos.



Si quiere usted sentirse estremecido por las fuerzas invisibles que rigen nuestra vida contra nuestra voluntad, no deje de ver hoy en TIVOLI a

JOHN BARRYMORE en
SVENGALI

con MARIAN MARSH

Exclusiva ALMIRA

CATALUÑA

"Milicia de paz"

Película en verdad repleta de un sano humorismo que como ya su título indica se limita a reseñar artística y cómicamente la vida cuartelera. Las exclusivas Febrer y Blay han vuelto a tener un nuevo acierto presentando esta graciosísima película en el Cataluña.

artistas mencionados que son los verdaderos héroes del buen éxito de la misma.

TIVOLI

"Svengali"

John Barrymore siempre ha tenido predilección por los personajes que soportan pasiones violentas, que viven dominados por sentimientos que los llevan siempre a los extremos del mal o del amor,

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

Una vez más nos permitimos llamar la atención de nuestros suscriptores, anunciantes, corresponsales y de cuantas personas necesiten dirigirse a nosotros para asuntos administrativos de "LA CALLE" para que lo hagan en esta forma:

Señor Gerente o Administrador de "LA CALLE", Plaza de Cataluña, 9 2.º, 2.º.
Es la manera de que no sufran demora el despacho de la correspondencia administrativa y los encargos.

Notas gráficas del extranjero

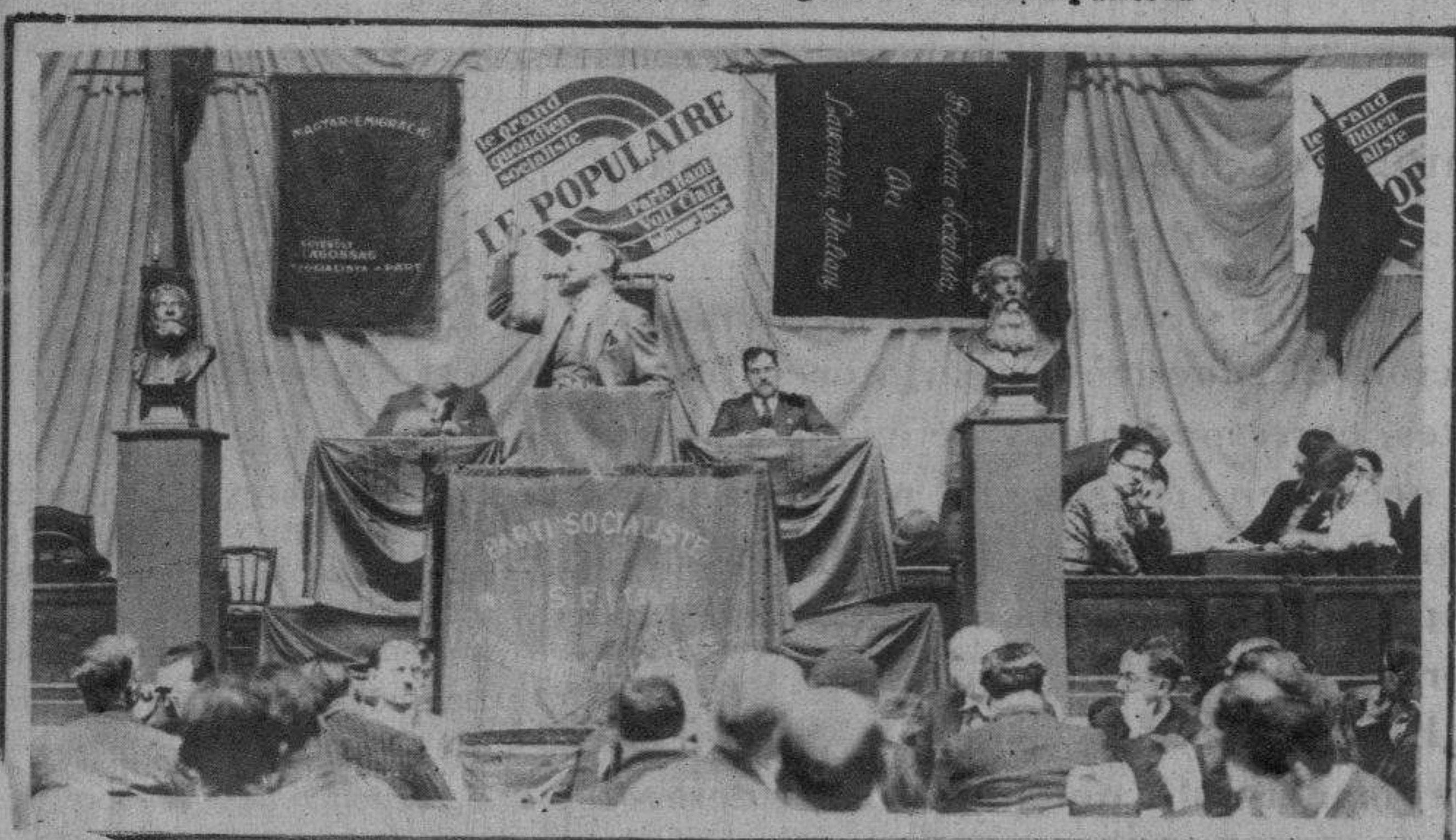
NUEVA YORK. — LOS ESCOLARES DE LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, PROMUEVEN DESORDENES, QUE OBLIGAN A LA CLAUSURA DE DICHO CENTRO DOCENTE
(Fots. Piortiz)



Un momento de los alborotos estudiantiles



Un estudiante, arengando a sus compañeros



—Del Congreso Socialista. El secretario de la Federación del Sena, señor [name], durante su discurso, en la primera jornada de la reunión
(Fot. Consorcio)



El canciller Brüning, jefe del Gobierno alemán, a quien el mariscal Hindenburg ha admitido la dimisión de su cargo